

Bianca®

El fuego de la inocencia

Carole Mortimer

El fuego de la inocencia

Carole Mortimer

El fuego de la inocencia (2006)
Título Original: The innocent virgin (2006)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1701
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Max Harding y Abby Freeman

Argumento:

Sabía que estaba jugando con fuego… pero cada vez le importaba menos quemarse.

Abby Freeman estaba encantada con su nuevo trabajo como presentadora de un programa de entrevistas en la televisión. Pero, para empezar bien, necesitaba entrevistar a un personaje que hiciera subir la audiencia. ¿Quién mejor que el famoso y guapísimo periodista Max Harding? En su pasado había un escándalo que nunca había explicado claramente…

Max estaba encantado con que Abby quisiera conocerlo a fondo..., pero sólo en privado. Ahora Abby se encontraba ante un dilema: no quería que se le escapara la historia de Max… pero se arriesgaba a perder la inocencia. Porque era evidente que Max no se había dado cuenta de que la sofisticada Abby seguía siendo virgen…

Capítulo 1

Abby se metió en la bañera perfumada, se sentó y dejó que sus hombros se sumergieran debajo de las burbujas. Se había recogido el cabello color ébano para que no se le mojase. Tenía una copa de champán en una mano y el teléfono móvil en la otra.

Bebió un sorbo de champán y dejó hundir el móvil, sonriendo al oír un «glug» cuando el aparato se fue al fondo.

El teléfono fijo estaba desconectado, el telefonillo de entrada al edificio, apagado. Nadie ni nada iba a perturbar aquel momento de decadencia.

Bebió otro sorbo de champán y miró a su alrededor. No había más luz que las doce velas aromáticas que había encendido. Sonrió al ver la opulencia de lo que la rodeaba. Los suelos y paredes eran de mármol color melocotón. La ducha tenía todos los accesorios bañados en oro. Las toallas eran del mismo color que los suelos y las paredes. Monty estaba sentado en el cesto de la ropa sucia, todos sus frascos de perfume estaban alineados en un estante de cristal debajo del espejo, el cubo de hielo que contenía la botella de champán estaba al lado de su mano, y...

¡Monty estaba sentado en la cesta de la ropa sucia! Los ojos de Abby se dirigieron hacia el gato persa. Lo había recogido de un refugio. Al principio había pensado que había sido ella quien lo había elegido. Pero a los pocos días de tenerlo en casa había sido evidente que había sido Monty quien la había elegido a ella. Había buscado un ser humano indulgente para que su vida fuera lo más cómoda posible.

—Pero eso va a cambiar a partir de ahora, Monty. Se acabó el pollo hervido y el salmón, me temo —le advirtió al gato—. ¡De ahora en adelante, te puedes considerar afortunado si puedo comprarte esa comida de lata que tanto desprecias!

Supuestamente, los gatos no eran capaces de mirar con desprecio y escepticismo, sin embargo, así era como la estaba mirando Monty en aquel momento.

—No es culpa mía —le dijo Abby—. Es culpa de ese hombre —bebió un largo sorbo de champán—. Quiero decir, ¿quién iba a pensar que haría algo así?

No lloraría. ¡No iba a llorar!

Pero, por supuesto, lo hizo. Y acompañó sus lágrimas con sollozos.

¿Cómo había podido hacerle eso a ella? ¡Y en la televisión

pública, en vivo, frente a millones de espectadores!

¡Oh, Dios!

Cada vez que lo recordaba volvía a sentir la misma humillación.

—Semanas y semanas... Siete semanas para ser exacta... —aclaró, llorosa—... Me he pasado intentando convencerlo amablemente para que viniera a mi programa. Sí, sé que a ti te gustaba, Monty —levantó la voz, indignada por la actitud de su gato—. A mí también —admitió—. ¡Si supieras...! ¡Si lo hubieras oído! ¡Yo no tenía idea, Monty! —se estremeció Abby—. ¡Ni la más remota idea de que podría hacer semejante cosa!

Si la hubiera tenido, no se habría levantado aquella mañana.

De hecho, peor aún. Si hubiera sospechado lo bochornosa que sería aquella noche, habría sacado un pasaje a Bolivia o a cualquier otro sitio al otro lado del mundo, y habría desaparecido para ahorrarse todo aquel dolor.

Siempre le había gustado el sonido de aquel nombre. Bolivia. ¡Sonaba tan misterioso! ¡Tan romántico! Pero, conociendo la suerte que tenía, seguramente no sería nada de eso. También le había gustado siempre el nombre del Triángulo de las Bermudas, y sin duda era otro mito.

Probablemente hubiera tomado demasiado champán...

—Vale, vale... Estoy divagando... —dijo cuando el gato pareció mirarla—. ¡Pero si supieras, Monty! —empezó a llorar otra vez—. ¡Si hubieras oído lo que me dijo ese hombre! ¡Te habrías quedado en estado de *shock*! —a ella ya nada la sorprendería después de aquella noche—. ¡Oh, Monty! ¡No podré volver a salir a la calle! Tendré que poner una barricada detrás de la puerta. Pondré barrotes en las ventanas. ¡No me atreveré a salir en público nunca más!

Sus lágrimas se mezclaban con el champán.

—Cuando se nos acaben las provisiones, ¡nos dejaremos morir de hambre, Monty!

Hacía cuatro meses todo había parecido muy prometedor...

El haber conseguido el puesto de chica del tiempo para la hora del desayuno había sido un movimiento interesante, teniendo en cuenta que era incapaz de distinguir un frente frío de una isobara. Le habían pedido que reemplazara a la presentadora, que estaba de baja por maternidad. Había causado impacto, y un conocido productor se había acercado a ella para ofrecerle seis programas de entrevistas de media hora, que se verían en directo la próxima primavera.

Los siguientes tres meses habían sido un sueño hecho realidad

para Abby. Había elegido a los invitados para cada semana, había investigado y negociado la aparición de esos invitados... Y todo había ido bien hasta llegar al invitado que quería para su último programa.

Max Harding.

Su intención había sido terminar el programa con algo especial. Max Harding hacía tiempo que no aparecía en la televisión británica, dos años. Había dejado su propio programa y había pasado a ocuparse de las noticias del exterior. No pisaba un estudio de televisión desde que había dejado su programa, y su lucrativo contrato, después de que uno de sus invitados, un político, hubiera intentado suicidarse en directo.

Pero ella tendría que haberse imaginado lo que haría... Había sido muy extraño que aceptase la invitación a su programa después de haberse negado durante tanto tiempo...

—Ha querido hacerme daño y humillarme, Monty... ¿Cómo ha podido hacerme eso a mí, a nosotros, Monty? ¿A nosotros, que tanto nos gustaba él...? —volvió a llorar—. Pero le he dado su merecido, Monty... Delante de todos los que lo estaban viendo —recordó, apenada—. ¡Millones de espectadores vieron cómo yo le pegaba! ¡Sí, me has oído bien! Le he pegado a Max Harding... ¡En vivo! ¡En televisión!

Abby cerró los ojos al recordarlo. Ella no era una persona violenta. Nunca había pegado a nadie, ni había deseado pegarle a nadie. Pero ciertamente había pegado a Max Harding.

—Y no sólo le he pegado, Monty. Sino que... ¡Me irritó tanto! ¡Me hirió tanto...! ¡Que le pegué con todas mis fuerzas! ¡Exactamente en su arrogante barbilla! —sonrió, satisfecha al recordarlo—. ¡Deberías haber visto cómo me miró! Luego se le tambaleó la silla, él se fue hacia atrás y se golpeó contra el suelo hasta quedar inconsciente.

Y Monty debería haber visto la cara de Abby cuando se le había pasado la rabia y se había dado cuenta de lo que había hecho...

El estudio se había quedado en silencio. El público, mudo. Nadie se había atrevido ni siquiera a respirar. Los cámaras habían dejado de mirarla por sus aparatos y se habían quedado mirándola directamente, con las bocas abiertas de incredulidad.

El director de la sala de control había sido el primero que había reaccionado.

—Abby, ¿qué diablos estás haciendo? Di algo —gritó al verla allí, de pie, muda—. ¡Abby, haz algo! —le había ordenado Gary al ver

que ella seguía inmóvil—. Es televisión en vivo, ¿lo recuerdas?

Lo había recordado entonces, y se había girado hacia las cámaras, dándose cuenta de que todavía estaban transmitiendo.

Presa del pánico, sólo había podido hacer una cosa. Gritó, sobresaltada, y pisó el postrado cuerpo de Max Harding antes de salir corriendo del estudio.

Nadie le había hablado en su huida. Nadie había intentado detenerla. Y era normal. Porque había metido la pata hasta el fondo. Había infringido la norma número uno de no perder el control en público, y mantener la calma, al margen de cualquier provocación.

Había arruinado su carrera. No volvería a aparecer en televisión.

Y ése era el motivo por el que estaba encerrada en su apartamento, aislada del mundo.

—De acuerdo. Ese último gesto fue excesivo. Sobretodo teniendo en cuenta que me he quedado sin trabajo. ¡Y que nadie me lo dará! Pero ¿sabes que ha sido lo peor, Monty? —su voz tembló con emoción y volvió a dejar escapar unas lágrimas—. Sé que a ti te gustaba Max Harding, ¡Y yo creí que estaba enamorada de él! ¡Ahora me gustaría no haberlo conocido jamás!

No lo había conocido hasta hacía siete semanas. Siete semanas atrás ella había estado montada en la cresta de su ola, eufórica con el éxito de su programa, llena de entusiasmo, mientras investigaba y elegía a los invitados. Feliz de su aparente repentino éxito con sólo veintisiete años.

Pero hacía siete semanas, Max Harding había sido para ella sólo una reputación, varias docenas de fotos. No había conocido al hombre en carne y hueso.

No se había enamorado de él…

Capítulo 2

—¿Si?

Abby no podía hacer otra cosa que mirar al hombre que estaba de pie en la entrada del apartamento. No veía un cuerpo tan desnudo desde que había estado de vacaciones en la playa de Mallorca el año anterior.

Era un cuerpo muy masculino...

La toalla envuelta alrededor de su cintura y su pelo oscuro mojado explicaba por qué había tenido que golpear cuatro veces hasta que le había abierto. Evidentemente había estado duchándose cuando ella había llegado.

¿Solo? ¿O con alguien?

Aquella imagen de Max Harding le quitó el aliento. Aunque debía reconocer que su apariencia era algo familiar para ella. Lo había visto en las noticias montones de veces durante los últimos dos años, haciendo reportajes de guerra en guerra. Y había visto muchas veces el programa de tertulia política que había tenido hasta que lo había dejado.

Pero nunca lo había visto así, medio desnudo. Y al natural. No en una pantalla pequeña en la que no se notaba lo grande que era.

Abby se puso roja. No era la primera vez que veía a un hombre semidesnudo, ¡pero debía hacer mucho tiempo que no veía a uno!

No era fácil mirar a Max Harding a la cara. Ella siempre había pensado que su expresión seria se debía a los temas que trataba en sus programas. Pero en persona, su expresión no era nada tranquilizadora. Daba la impresión de que no se reía nunca, ni sonreía.

Abby cuadró los hombros y puso cara seria.

—No sé si ha oído hablar de mí, pero soy Abby Freeman...

No pudo decir nada más. La puerta se cerró en su cara.

Él había oído hablar de ella. Su reacción era un poco drástica, sin embargo. Especialmente porque debía haber recibido al menos dos cartas pidiéndole que apareciera en su programa, una de las personas que hacían las investigaciones para su programa, y una suya personal. Pero no había contestado ninguna de las dos. Al menos habría...

Sus ojos se agrandaron cuando de pronto la puerta se abrió nuevamente. Una mano se extendió para agarrar el cuello de su chaqueta y la metió en su apartamento.

—Señor Harding...

—¿Cómo diablos ha llegado aquí? —él le clavó la mirada.

A pesar de estar semidesnudo y de tener el cabello largo desordenado, el hombre seguía teniendo un aspecto imponente.

Abby pestañeó, totalmente aturdida al verse otra vez dentro del apartamento en lugar de fuera de él.

Abby tardó en contestar mientras se acomodaba la camiseta blanca que llevaba debajo de su chaqueta negra. Ésta se le había desacomodado. Llevaba el pelo negro suelto encima de los hombros, y se quedó mirándolo con sus ojos azules fijos en él.

—He preguntado...

—El hombre de la planta baja me ha dejado pasar...

—¿Después de que le contara qué? —preguntó Max Harding con desprecio, con las manos en jarras.

Tenía las caderas al descubierto. La toalla se le había empezado a resbalar.

—Estoy esperando una explicación, señorita Freeman —él le clavó sus ojos grises.

Max Harding hablaba como si fuera un director reprendiendo a una alumna.

—Tal vez debiera ponerse algo de ropa, ¿no? Estoy segura de que... estará más cómodo.

Ella también lo estaría, pensó Abby.

—No estoy incómodo, señorita Freeman —le dijo él, complacido con el hecho de que ella sí lo estuviera. Su voz se endureció cuando volvió a hablar—: ¿Qué historia le ha contado a Henry para que la dejara entrar sin llamarme antes a mí?

Su mirada gris, fría como el acero, impresionaba, pensó Abby. Era el tipo de mirada que podría hacer que alguien confesara cualquier cosa.

—Le he dicho que era su hermana menor, que era su cumpleaños, y que quería sorprenderlo —respondió ella con sinceridad.

—No está mal para una principiante —dijo él, torciendo la boca.

Ella se puso roja.

—Mire...

—Cuando salga... —dijo él como si ella no hubiera hablado—. Puede decirle que lo logró —abrió la puerta—. ¡Más tarde hablaré con Harry!

Abby no se movió. Después de haber llegado hasta aquel punto, no pensaba marcharse tan fácilmente.

—Espero que no piense reprender a Harry... Puedo ser muy

persuasiva cuando me lo propongo... —le sonrió.

Él no le devolvió la sonrisa, aunque la miró con un brillo fugaz en los ojos. Pero inmediatamente desapareció.

—Le he escrito varias veces, señor Harding...

—Dos veces, para ser exacto —la interrumpió—. ¡Dos cartas que leí antes de tirarlas a la papelera!

Era evidente que disfrutaba diciéndoselo.

Ella intentó no mostrar su irritación.

Le había asegurado a Gary Holmes, director del programa *El show de Abby Freeman*, que conseguiría que Max Harding apareciera en su programa. Había aspirado a mucho. Pero necesitaba algo, alguien realmente impresionante para terminar su programa si quería que le ofrecieran otro contrato.

Ahora deseaba haberse acercado a Max Harding antes de haberle prometido eso a Gary.

Abby sonrió.

—Entonces sabrá que la media hora entera estará dedicada a usted...

—No.

—¡Oh! Estoy segura de que se lo mencionaba en mis cartas —Abby frunció el ceño—. No le ofrecería menos a un hombre de su talla profesional.

—Corte el rollo, señorita Freeman. La adulación, en este caso, ya sea profesional o del tipo que sea, ¡no la llevará a ningún sitio! No tengo intención de aparecer en *El show de Abby Freeman* —dijo esto último como si se tratase de algo obsceno.

No obstante Abby perseveró. Aquello era demasiado importante como para dejar que los insultos la enfadaran.

—Pero usted es un hombre tan interesante, señor Harding... Ha visto tantas cosas... Ha hecho tantas cosas... que creo que el público estará fascinado al saber que...

—Al público le interesa tan poco lo que vi y lo que hice como a usted. De lo único que quieren que hable es de la noche en que Rory Mayhew intentó suicidarse en mi programa de televisión —la miró con ojos de hielo—. Y ocurre que jamás hablaré de ello en público. ¿Le ha quedado claro, señorita Freeman?

Perfectamente claro. Y tenía razón acerca del incidente de Rory Mayhew. Había sido algo tan impresionante, que ella no podría no preguntar por eso. Pero no era lo único que le interesaba de Max Harding. ¡No iban a estar hablando de un intento de suicidio durante toda una media hora!, pensó.

—Yo había pensado hablar de ello al principio del programa, evidentemente. Pero luego he pensado que podíamos hablar de otras cosas. De sus últimos dos años como corresponsal en el exterior…

—He dicho que no, señorita Freeman.

—¡Oh, por favor, llámeme Abby! —le dijo ella con una simpatía que no sentía.

—Y usted puede llamarme señor Harding. Pero primero… —se acercó a la puerta nuevamente—. Tengo un par de preguntas que hacerle.

Su tono suave era más amenazante que su previo sarcasmo y frialdad, y le hizo darse cuenta a Abby de que estaba sola en aquel apartamento con aquel hombre, ¡un hombre muy enfadado y fuerte!

Abby volvió a sonreír, aunque por dentro estaba preocupada. Aquel encuentro con Max Harding no estaba resultando en absoluto como ella había pensado.

—Pregunte, señor Harding. Me alegro de poder responder a cualquier pregunta que tenga sobre el programa. De hecho, creo que es algo muy positivo p…

—Mi pregunta no tiene nada que ver con el programa, señorita Freeman. Y mucho que ver con cómo consiguió mi dirección en primer lugar —dijo él con dureza—. Y no me diga que la encontró en la guía telefónica —le advirtió—. Porque no aparezco en la guía.

Abby empezó a sudar en las manos.

—El modo no es realmente importante —sonrió ella nuevamente.

—Para mí lo es —él se puso delante de la puerta. Su única vía para escapar.

Su cuerpo musculoso era un muro.

Y además disfrutaba viéndola incomodarse ante su presencia tan masculina.

Aquel hombre irradiaba un cierto magnetismo sexual, que no tenía nada que ver con que llevara ropa o no. Tenía una dureza, un autocontrol que debía de haberse ganado a pulso a sus treinta nueve años.

Max Harding hizo un movimiento repentino hacia ella con gesto burlón. Abby instintivamente dio un paso atrás.

—Normalmente no me como niñas pequeñas como usted hasta después del desayuno —le dijo, mirándola de arriba abajo deliberadamente—. Usted es una de esas «jovencitas brillantes» que los poderes de la televisión pública han decidido meter en los hogares de la gente, ¿no es verdad?

—Yo…

—¿Qué hacía antes del programa de *Abby Freeman*? —continuó Harding—. ¿Presentar uno de esos programas para niños en los que siempre tiene que tener aspecto de adolescente? Lo siento, ¿qué ha dicho? —dijo con desprecio cuando vio que Abby murmuraba algo inaudible.

Abby levantó la barbilla con dignidad.

—He dicho que fui la chica del tiempo en un programa a la hora del desayuno, y luego la presentadora.

Él la miró. Luego se rió con desprecio.

—¿La chica del tiempo? —preguntó.

—No tiene mucho respeto por sus compañeros presentadores, ¿no?

—Al contrario, Abby. Siento mucho respeto por mis compañeros presentadores. ¡Pero usted no es uno de ellos!

Aquello era importante para ella. Muy importante si quería demostrarle a Gary Holmes lo que valía. Pero en aquel momento hubiera querido darse la vuelta y marcharse. Lo que ocurría era que el señor Harding estaba delante de la puerta.

Entonces pensó que el ataque podía ser el mejor modo de defensa.

—¡No sabía que era misógino, señor Harding!

Él ni se inmutó.

—¡Oh! No lo soy, Abby —le dijo con voz sensual, mirándola de arriba abajo con aquellos ojos grises—. Sólo que no es mi tipo —agregó con deliberada descortesía.

No tendría que haber ido a verlo, se dijo ella. ¡Y ella que se había congratulado por lograr subir después de engañar a Henry! Y lo único que realmente había logrado con éxito había sido enfadar a Max Harding. E intuía que aquel hombre debía ser peligroso enfadado.

Había querido demostrarle al escéptico de Gary Holmes que ella podría convencer a Max Harding de que apareciera en su programa.

—Usted y el director de mi programa deberían conocerse —dijo Abby, irritada—. ¡Tienen tantas cosas en común...!

—¿A él tampoco le gusta trabajar con *amateurs*? —dijo Harding.

Ella no aguantaba más. Se había pasado semanas aguantando los comentarios sarcásticos de Gary Holmes, ¡y no pensaba aguantar también los de aquel hombre!

Además, Harding no aparecería en su programa de todos modos, así que no tenía nada que perder.

Entonces dijo:

—No sé cómo se me ha ocurrido que alguien podría tener interés en escuchar lo que dijera usted —ella había perdido el interés—. Es maleducado, arrogante, burlón y realmente desagradable. ¡Y no me gusta! —tenía las manos apretadas en un puño a los lados del cuerpo.

Max Harding la siguió mirando unos segundos. Luego asintió con la cabeza.

—Eso, mi querida Abby, ¡es lo más sincero que ha dicho en toda la mañana! Venga conmigo —pasó por delante de ella hacia el salón —. Pondré la cafetera mientras me visto.

Abby se quedó con la boca abierta, observándolo moverse hacia lo que debía ser la cocina.

Ella había sido tan maleducada y brutalmente sincera como él, ¡y ahora él le ofrecía un café!

Abby agitó levemente la cabeza antes de seguirlo. De haberlo sabido, habría dejado de fingir cortesía hacía mucho tiempo.

El salón, como le había parecido observar desde el vestíbulo, era espacioso y estaba amueblado con buen gusto. Estaba decorado en colores ocres y crema, y tenía una maravillosa vista de Londres desde la enorme ventana. También parecía la *suite* de un hotel, un lugar poco personal.

La cocina era casi tan grande como el salón. Pero parecía que no la usara nunca.

—Siéntese —la invitó Max Harding sin mirarla mientras sacaba dos tazas del armario—. Bien... Iré a vestirme —se dio la vuelta antes de salir—. ¡Quédese exactamente donde está!

—No soy una cotilla —protestó.

—¡Por ello nunca será una buena periodista de investigación! —respondió Harding antes de irse de la habitación.

Abby se pasó la mano por la frente, preguntándose si merecía la pena aguantar todos aquellos insultos.

Aun si conseguía que él fuera a su programa, algo casi imposible viendo cómo era Harding, dudaba también de que él le dejara a ella el control de su programa. Y eso tampoco era bueno para conseguir el contrato que necesitaba.

—No hacía falta que se lo tomase de forma tan literal lo de que no se moviese —dijo Max cuando volvió—. Podría haberse servido café.

La verdad era que había estado tan sumergida en sus pensamientos, que ni se había dado cuenta de que se había hecho el café.

Max llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta blanca. ¡Estaba muy sexy! Aquel aspecto de Max Harding no había trascendido a la pantalla.

—Lo siento. No se me ha ocurrido hacerlo.

Max puso una taza de café recién hecho frente a ella.

—No hay leche —le dijo él cuando le pasó el azúcar—. Vine tarde anoche y no he tenido tiempo de hacer la compra.

—Un café solo está bien —aunque solía tomarlo con leche.

—¿Y? Todavía tiene que contestar mi pregunta.

Podría haberse hecho la tonta, pero como él ya pensaba que lo era, probablemente no era lo que debía hacer.

—Conseguí su dirección a través de un amigo de un amigo.

—¿Qué amigo de qué amigo?

—¿Es gramaticalmente correcto eso? —le tomó el pelo ella—. No esperará que conteste a eso, supongo.

—Yo no bromeo con la invasión a mi intimidad.

Ella alzó una ceja.

—¿No exagera un poco? Después de todo, yo sólo he tocado el timbre. Ha sido usted quien me ha invitado a entrar.

—¡Puedo echarla con la misma facilidad! Y sólo la he invitado, en palabras suyas, para saber cómo ha conseguido mi dirección.

—Y sabiendo que no le daría la fuente —respondió ella.

Era la primera regla de un periodista de investigación, como le había dicho él.

Max se echó atrás en la silla y achicó los ojos.

—Dime, Abby, ¿qué te ha hecho pensar que tú tendrías éxito en lo que otros no lo han tenido?

Ella pestañeó. No estaba segura de haber comprendido la pregunta. No estaría pensando que ella quería atraerlo, ¿no?

—No me he referido a eso, Abby. Me refiero a otras ofertas que me han hecho de aparecer en la televisión, o de hacerme entrevistas personales en los periódicos en los últimos años. ¿No te he dicho ya que no eres mi tipo?

Abby hubiera preguntado cuál era su tipo, pero no lo hizo.

Por lo que ella conocía de él, no tenía un tipo en particular. Había estado casado una vez, a los veintitantos años, y se había divorciado tres años más tarde, y la cantidad de mujeres con las que había tenido relaciones desde entonces no parecía apuntar a un tipo definido. Lo único que parecían tener en común aquellas mujeres era su independencia.

—Bueno, eso es algo positivo, al menos. ¡Porque usted tampoco

es mi tipo! —exclamó Abby.

—No. Debe de ser un joven ejecutivo, preferiblemente relacionado con la televisión...

Se equivocaba. Había estado prometida con un joven ejecutivo y había terminado aburrida de la total falta de imaginación de Andrew. Además, a Monty Andrew no le había gustado.

—¿Sí? ¡Qué interesante!

Max la miró.

—Pareces mi madre cuando tiene que dar conversación a algún aburrido socio de mi padre...

Su padre era James Harding, el dueño de Industrias Harding. Y su madre era Amy, la heredera de los dueños de un banco.

—¿De verdad? —repitió Abby.

—¿De verdad? —la imitó Max—. ¿Te estoy aburriendo tanto?

—No especialmente.

—¿Y de forma no especial?

Ella fingió pensarlo. Realmente, dudaba que aquel hombre resultase aburrido para nadie. Era un hombre muy rápido mentalmente. Además, estaba jugando con ella. Y a pesar de que él pensaba que ella era una joven sin nada en la cabeza, una de esas «jovencitas brillantes» como le había dicho, ella esperaba no serlo.

Había estudiado Ciencias Políticas y había obtenido buenas notas, pero luego se había sentido atraída por la televisión y había dado un giro de ciento ochenta grados.

Su puesto como chica del tiempo no había sido gran cosa. Pero con algo tenía que empezar.

Y, hasta Max Harding, con su poderoso padre, que posiblemente le hubiera echado una mano en su profesión, debía haber empezado en cualquier puesto.

Y si lo que quería era molestarla con sus insultos, no pensaba hacerle caso. Ya estaba curada. Llevaba dos meses oyendo insultos, de otras mujeres, de hombres y sobre todo de Gary Holmes.

Ella lo miró, y dijo:

—¿Con quién cree que me acuesto? ¿Con el productor o con el director?

Max oscureció la mirada.

—Con cualquiera de los dos. O quizás con los dos.

—¡Pat Connelly no es mi tipo, creo! —le respondió Abby—. ¡Y Gary Holmes es un trepa! —agregó con sentimiento.

Gary tenía quince años más que ella, y era un hombre muy atractivo. ¡Pero tenía la costumbre de tratarla como si fuera

estúpida! La menospreciaba. Probablemente él también pensara que ella era una jovencita con la cabeza vacía. Ella no le gustaba. Pero como el sentimiento era recíproco, a ella no le molestaba su actitud.

De pronto Abby se dio cuenta de que él estaba muy callado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada. Si te ha llevado tanto tiempo pensar en mi primera pregunta, quizás sea mejor que no contestes —se burló—. ¿Quién es el invitado de tu primer programa?

Ella se sorprendió por aquel cambio de tema.

—Natalie West y Brad Hammond —contestó ella con orgullo.

La pareja había roto públicamente hacía seis meses, y Natalie había dicho en una entrevista que se alegraría de ver a Brad aplastado por una excavadora. Y él había contestado que si eso significaba no volver a ver a su ex mujer, estaría dispuesto a ponerse en el camino.

A Abby le había llevado semanas convencerlos de acudir a su programa, pero al final lo había logrado.

Max silbó de admiración.

—¿Y? ¿Les vas a dar la excavadora?

Después de todo, Max tenía sentido del humor.

—¡No cabría en el estudio!

—¡Quizás no seas tan cabeza hueca, después de todo!

No era una disculpa, pero era algo.

—¿Quiere decir que se va a pensar nuevamente la posibilidad de aparecer en mi programa?

Había logrado cierta popularidad como chica del tiempo, pero ella aspiraba a hacer cosas más serias.

—En absoluto —respondió él—. Y como no me vas a decir quién es ese amigo… —Max levantó las cejas.

—Le he dicho que no puedo hacerlo.

Max se encogió de hombros.

—Entonces, no hay nada más que decir —se puso de pie, y dejó las dos tazas de café en la encimera, aunque Abby no había terminado la suya.

Luego la miró, esperando, evidentemente, que se fuera.

—Espero que no sea demasiado duro con Henry…

Ella no se había imaginado lo celoso de su intimidad que podía ser Max Harding. Y como Henry era un hombre de cierta edad que no conseguiría fácilmente otro trabajo, ella estaba preocupada.

—Tranquilízate, Abby. He visto tus artes persuasivas de primera mano, así que no, no seré duro con él —abrió la puerta mientras

hablaba.

«¿Artes persuasivas?», se preguntó Abby. ¿Tenía algo de eso ella?

Max agitó la cabeza y sonrió levemente.

—No te molestes en pensar cuáles son. El caso es que no te han servido conmigo, Abby.

Evidentemente, no.

Pero le habría gustado saber cuáles eran. Tal vez así las usara otra vez.

—Haré todo lo posible por ver tu primer programa —le dijo Max.

Ella lo miró con desconfianza, sin saber muy bien qué quería decir, y sin ser capaz de leer sus pensamientos bajo aquel gesto burlón.

Capítulo 3

—Bueno, bueno, bueno... ¡Si es la pequeña

Abby Freeman! Abby se hundió en su sillón al reconocer inmediatamente la voz burlona de Max Harding.

Escondida en un rincón del salón atestado de gente de los Dillman, y después de haberse bebido tres cuartos de una botella de champán, Abby no tenía ganas de compañía. Era algo que había notado todo el mundo, incluidos sus anfitriones, Dorothy y Paul. Pero al parecer, Max Harding no se había dado cuenta.

—Vete —murmuró ella sin ni siquiera mirarlo.

Por el rabillo del ojo podía ver sus largas piernas, y notó que no se había movido ni un centímetro.

—No imaginé que podías ser una mujer de ésas a las que les gustase beber sola —dijo, divertido.

Abby lo miró con gesto beligerante.

—No bebo normalmente, ni sola ni acompañada —dijo con tono impaciente—. Pero estoy segura de que tú, y probablemente toda la gente que está en esta habitación, saben el motivo por el que esta noche he hecho una excepción.

No lo había calculado... ¿Cómo no se lo había dicho nadie?

—Eh, Abby, no ha sido tan terrible —Max se acercó a ella y se agachó a su lado. Dejó su tono burlón para reemplazarlo por algo que parecía preocupación—. De hecho, creía que te habías recuperado bastante bien.

No se había recuperado nada bien, y pensaba que cualquiera que hubiera visto su primer programa aquella noche lo habría notado.

Había entrevistado diez minutos a Brad Hammond primero, como era lo acordado. Habían hablado afectuosamente del comienzo de su carrera y de su éxito en una serie de televisión en aquel momento. Luego se había marchado Brad y había aparecido Natalie, a quien se había dedicado otros diez minutos para hablar de sus propios éxitos. Pero durante el tiempo de las entrevistas se había oído un murmullo en el estudio. Tanto el público como el equipo realizador del programa estaban esperando el momento en que los miembros de la pareja enemistada aparecieran juntos, sabiendo que podían saltar chispas.

¡Pero el problema era que Brad y Natalie ya no estaban enemistados!

Abby había anunciado que ambos aparecerían juntos, y había sentido la tensión en el ambiente cuando lo había hecho, y casi se

había desmoronado cuando Brad y Natalie, en lugar de mostrar antagonismo, se habían sonreído afectuosamente. Se habían besado y se habían sentado juntos con las manos entrelazadas. Y Brad había anunciado que se habían reconciliado hacía tres días.

Abby se había quedado muda ante aquel anuncio. Todas las preguntas que había preparado no le habían servido de nada; preguntas que le había llevado horas elaborar, porque había querido ser muy cuidadosa, por si acaso su interrogatorio causara más enfrentamientos entre la pareja. No había querido influir en ese sentido. Y el anuncio de Brad había arruinado todo su plan.

Ella había intentado manejar la situación lo mejor posible, felicitando a sus invitados por su reconciliación, y preguntándoles qué planes tenían para el futuro. «Un bebé», habían dicho. ¡Después de todos los insultos que se habían dedicado en los últimos seis meses!

Sí, Abby había hecho todo lo posible por mantener vivo el espectáculo, pero se había dado cuenta de que le había faltado la chispa y el interés que la anterior situación habría despertado.

Y el resoplido de Gary Holmes al terminar el programa había sido suficiente como para que, al llegar a casa de Paul y Dorothy, hacía una hora, Abby se dirigiera al champán directamente.

—Fuera —Abby volvió a ahuyentar a Max Harding y volvió a agarrar la botella de champán que tenía en la mesa a su lado.

Max Harding se la quitó de la mano. Ella no pudo oponerse a aquella fuerza. Luego le quitó la copa que tenía en la otra mano y la puso de pie.

—Necesitas comer —le dijo cuando ella empezó a protestar—. Si no, mañana aparecerás en los titulares de los periódicos: *Abby Freeman borracha*, con una foto en la que te llevan a rastras...

Le puso la mano en su brazo y la llevó al salón de al lado donde había mesas con comida.

Abby no discutió. La habitación le había dado vueltas cuando se había puesto de pie, y era evidente que necesitaba comer algo.

Max le sirvió un plato de comida y se lo dio. Luego fue a servirse algo para él.

Abby se mareó un poco al bajar la vista hacia el plato de comida.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —dijo Abby a punto de llorar.

No sabía si iba a poder seguir conteniendo el llanto, a pesar de sus esfuerzos.

Él la miró. Estaba muy atractivo con aquel esmoquin negro y

aquella camisa blanca, aunque llevaba el pelo más largo que la primera vez que lo había visto, hacía tres semanas. Sus ojos grises se fijaron en ella, burlones.

—Supongo que alguien tiene que serlo. Parecías muy sola allí sentada... —hizo un gesto en dirección al otro salón.

Pena. Sentía pena por ella. ¡Y ella que había pensado terminar la noche triunfalmente!

—¡Ahórrate ese sentimiento de pena! —gritó ella, dejando el plato de comida en la mesa. Le clavó los ojos azules—. ¿No has oído lo del *fénix* que renace de las cenizas? Bueno, mira el programa de la próxima semana ¡y verás lo bien que lo hago! —se dio la vuelta y se marchó de la habitación con bastante estabilidad, afortunadamente para ella.

Se dirigió hacia donde estaba Dorothy, quien estaba conversando con un conocido periodista de un periódico.

Las fiestas de Dorothy siempre eran así. Iban muchos ricos y famosos, aunque Dorothy no era una persona con mucho *glamour*. Era una mujer sencilla, de formas redondeadas, a pesar de que se estaba acercando a los sesenta años.

Pero Abby sabía que lo que atraía de Dorothy era su simpatía y su calidez. Y su esposo, con quien llevaba casada treinta y cinco años, la adoraba.

—¡No puedes marcharte tan pronto, Abby! —se lamentó Dorothy cuando ésta se excusó diciendo que estaba muy cansada—. No he tenido oportunidad de presentarte a casi nadie... Jenny y yo estábamos comentando el rotundo éxito de tu programa de hoy... ¡Natalie y Brad han hecho el ridículo todos estos meses! La gente se ha emocionado cuando han dicho que vuelven a estar juntos y que quieren tener un bebé...

Abby miró a Dorothy. Sabía que la mujer estaba intentando ser amable con ella, pero Abby hubiera preferido no oír aquello. El programa había sido un desastre, y Gary Holmes se lo había dejado muy claro con sus comentarios despectivos.

—Sí —dijo Jenny Jones—. ¡La reconciliación de Brad y Natalie ha sido un golpe de efecto inesperado para el éxito de tu programa!

¿Lo había sido? ¿O Jenny estaba hablando con sarcasmo?

No, Jenny Jones era sincera. Su decepción era auténtica por no haber conseguido ella la exclusiva de la reconciliación.

Abby se sintió animada. Quizás su programa no hubiera sido tan desastroso, después de todo... Y tal vez Max no hubiera hecho aquellos comentarios por pena, como ella había pensado.

—Mi editor va a poner la noticia en primera página mañana —dijo Jenny.

Abby estaba segura de que a Natalie no le importaría.

—¡Oh, mirad! ¡Allí está Max Harding! —al verlo entrar en la habitación, Jenny miró a Max con sus ojos verdes de depredadora—. He estado esperando la oportunidad de hablar con él desde hace años. Si me disculpáis… —Jenny se dirigió a Max Harding sin esperar que le respondieran.

—¡Al fin! ¡Esa mujer es una engreída! ¡Y un aburrimiento!

—Dorothy… Nunca te he oído hablar así de nadie —le explicó Abby al ver que Dorothy se sorprendía de cómo la estaba mirando.

—¿No? Bueno, debe de ser la edad —se rió Dorothy—. Mi único consuelo es saber que Max se la quitará de en medio enseguida. Ahí lo tienes —asintió con satisfacción, mirando en dirección a Max.

Abby se dio la vuelta y vio a Jenny Jones emprender la retirada precipitadamente ante un Max Harding con gesto de enfado. Jenny, periodista de la prensa amarilla, tenía cara de humillada. Pero como Abby había sufrido en carne propia aquella misma humillación, no pudo evitar sentir solidaridad con la mujer.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Abby, agitando la cabeza—. ¡Y encima lo respetan!

Estaba segura de que no aparecería una palabra sobre él en el periódico para el que trabajaba Jenny.

—Porque es absolutamente brillante en lo que hace —respondió Dorothy—. Y muy atractivo además…

Abby observó a Max empezar a conversar con el marido de Dorothy, Paul. Los dos hombres eran de una estatura similar. Paul tenía algunas canas, pero por lo demás, estaba tan en forma como Max.

—Yo preferiría a Paul… —dijo Abby.

—Bueno, yo también. Llevamos treinta y cinco años de casados, y es un encanto —dijo Dorothy, riendo—. Pero eso no quiere decir que esté ciega para mirar a otros hombres. Y Max es el típico moreno, alto y atractivo. ¡Y ese aire de distancia que tiene!

Abby se sintió un bicho raro. Porque ella no se sentía atraída por Max. Bueno, al principio sí le había parecido atractivo. ¡Pero su actitud había borrado aquella primera impresión!

—Si te gustan esas cosas… —dijo Abby con indiferencia.

—No me has dicho cómo resultó tu entrevista con él hace tres semanas…

—Ya te lo he dicho. Me dijo que no iba a venir a mi programa —

le explicó.

—Sí, pero...

—Dorothy, realmente no quiero hablar de Max Harding.

—Me alegro de oírlo —dijo Max, viniendo por detrás de ella, y la miró, divertido—. A mí también me parece aburrido ese tema —asintió con la cabeza.

—Al menos, estamos de acuerdo en una cosa, señor Harding —respondió Abby, incómoda.

—Bueno, bueno... —se rió Dorothy—. ¿Qué tienes que decir a eso, Max? —bromeó.

Max sonrió cálidamente a la mujer.

—Que Abby tiene un gusto excepcional. Toma —Max le dio una de las copas de champán que tenía en la mano—. He pensado que te haría falta esto después de hablar con Jenny Jones —agregó.

—¡Qué mujer más horrorosa! —dijo Dorothy.

Abby aceptó la copa que le dio Max.

—Voy a tener que hablar con Paul sobre la gente a la que invita a casa... De hecho, si me disculpáis un momento... Creo que iré a hablar con él —les sonrió y se marchó en dirección a su marido.

Abby se quedó con Max Harding a solas. A pesar del champán que había bebido antes, se sentía sobria.

—¿Cómo es que conoces tan bien a los Dillman? —peguntó Max.

—¿Ya que hasta hace poco sólo era la chica del tiempo, quieres decir?

Max tomó un sorbo de champán y miró a Abby.

—No he dicho eso.

—No hacía falta que lo dijeras. Conozco a los Dillman de toda la vida —le respondió con satisfacción.

—¿De verdad? —murmuró Max, mirando a Dorothy, que estaba hablando y riendo con su marido—. Una amiga de una amiga, creo que dijiste, ¿no? —Max fijó sus ojos grises en ella.

Abby sintió que Max le había tendido una trampa y que la había atrapado. Pero Dorothy también estaba involucrada en aquella situación. Y su amiga no se merecía eso.

—Esa descripción de Dorothy no encaja con ella —le dijo Abby—. Lo que sucede es que Dorothy es mi madrina.

En realidad, Dorothy era la amiga de una amiga que le había dado la dirección de Max, pero ella no iba a traicionar la confianza de su madrina.

—¿Tu madrina? —preguntó Max, asombrado.

—Sí, mi madrina. Mi madre y Dorothy fueron al colegio juntas, y

han sido amigas desde entonces —agregó a la defensiva.

Max soltó una carcajada.

Abby se sorprendió de su reacción. Pero era mejor que su expresión burlona.

A Max se le formaron pequeñas arrugas alrededor de la boca y los ojos, y se le formó un hoyuelo en la mejilla.

Pero nada de eso la distrajo de la idea de que no sabía qué le había causado tanta gracia.

—¿Así que no has mentido acerca de tu productor y tu director? —dijo Max—. Tienes familiares en lugares estratégicos en vez de... ¡Oh!, no te preocupes, Abby, yo no lo voy a decir —siguió. Al ver su cara de indignación, Max agregó—: Todos tenemos que empezar de alguna manera, y ¿por qué no utilizar las ventajas...? Las menos obvias... —la miró como apreciando su atractivo con aquel vestido azul—... que tienes a tu disposición.

Abby no sabía de qué estaba hablando. Pero su tono era suficiente para irritarla.

Abby agitó la cabeza y su cabello negro se movió sobre sus hombros.

—No sé quién de los dos ha bebido más champán esta noche. O estás diciendo algo sin sentido, o yo estoy demasiado borracha para comprenderlo. De todos modos, me parece mejor terminar esta conversación ahora mismo —agregó firmemente Abby.

Seguía pensando en marcharse cuanto antes.

—Ésta es mi primera copa de la noche —Max levantó su copa casi llena.

Al parecer, era ella quien estaba borracha, quería decirle, ¿no?

Bueno, tal vez tuviera razón. Había sido un día agotador, y una noche muy larga.

—Me gustaría decir que ha sido un placer volver a verlo, señor Harding...

—Oh, creo que ahora ya nos conocemos lo suficiente como para que me llames Max —dijo burlonamente él—. Como lo has hecho hace unos minutos.

No se conocían lo suficiente. De hecho, le parecía conocer menos a ese hombre ahora que antes.

—Si tú lo dices... —sonrió Abby de forma forzada, esperando que no se volvieran a ver, así no tendría que llamarlo de ninguna forma —. Realmente tengo que marcharme, Max —continuó Abby—. Así que si me disculpas... ¿Qué estás haciendo...? —le preguntó cuando vio que él le agarraba el brazo al intentar ella darse la vuelta para

marcharse.

No sólo la sobresaltó aquel contacto físico, absolutamente inesperado, sino que le pareció que Max Harding no era el típico hombre que tocaba fácilmente a una mujer.

—¿Quieres que te lleve a casa en mi coche? —le contestó él.

Abby lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué diablos quieres hacerlo? —Abby no pudo disimular su desconcierto.

La primera vez que se habían visto, él había querido desembarazarse de ella cuanto antes.

Sin embargo, había sido él quien se había acercado a ella aquella noche.

—No he cambiado de opinión acerca de tu programa, Abby —le aseguró, burlón.

Era exactamente lo que estaba pensando ella. ¿Era tan evidente? ¿O sólo aquel hombre leía sus pensamientos?

Prefería que no fuera esta última opción, teniendo en cuenta algunos de los pensamientos que se le habían pasado por la cabeza. Desde la sensación de su magnetismo, a las ganas de pegarle...

Cuando volvió a mirarlo, lo vio sonreír.

—No puedes culparme por intentar que cambies de parecer —respondió ella sin mirarlo.

—Yo nunca culpo a nadie por intentar algo. Pero para responder a tu anterior pregunta, teniendo en cuenta que tú sabes exactamente dónde está mi piso, me parece justo que yo también sepa dónde está el tuyo.

Lo justo no tenía nada que ver en todo aquello, pensó Abby.

Ella hubiera preferido que él no supiera dónde vivía.

—En realidad, no está lejos de aquí —dijo ella—. De hecho, he venido andando...

Max asintió.

—Es una noche de primavera muy agradable. Un paseo es una excelente idea.

A ella, no le parecía lo mismo.

Era evidente que ella no le gustaba a Max, ni en lo profesional ni en lo personal, pensó, recordando su comentario acerca de que ella no era su tipo. Entonces, ¿por qué quería su compañía?

—No hace falta que me acompañes... Ésta es una de las zonas más seguras de Londres.

—Una de las más caras, querrás decir —respondió Max—. Supongo que con tu propio programa ganas más que como chica del

tiempo, ¿no?

—¡Supongo! —lo miró, enfadada.

De hecho, ella misma se había asombrado de su cambio de *status*. Se había mudado a otro apartamento hacía dos meses, y ése sólo había sido uno de los cambios en su vida. Tenía un Jaguar deportivo en su aparcamiento, y el dinero que le daban para la ropa de su nuevo programa era más de lo que había ganado en todo un año en su anterior trabajo.

No obstante, no era asunto de Max.

—¿Dices algo bonito alguna vez?

—A veces... Cuando me olvido de mí mismo —respondió él—. ¿Tienes que ir a algún otro sitio?

—No...

—Entonces, demos ese paseo, ¿quieres?

No le dio oportunidad de protestar. Le agarró el brazo, dio sus excusas a Dorothy, y la llevó hacia la salida.

Había sido de día cuando Abby había llegado a la fiesta, hacía un rato. Sus zapatos de tacón hacían ruido en el silencio de aquella zona residencial de la ciudad. Daba la impresión de que eran las únicas personas que había por allí. Sólo se oía a lo lejos el murmullo del tráfico de un viernes por la noche.

El contacto de su mano le producía un cierto cosquilleo en la piel. Tal vez fuera una mujer como las otras, pensó Abby, después de todo.

Dorothy tenía razón. Era muy atractivo. Ese pelo largo pedía a gritos que lo tocasen... Y esos labios que parecían esculpidos... ¡Y ese cuerpo...!

—Estás muy callada... ¡Cuidado! —gritó al ver que ella se tambaleaba—. Esas sandalias de tiras te quedan muy bien con esas piernas maravillosamente largas... Pero no son prácticas para caminar.

Su piropo le produjo otro cosquilleo en la piel. Sobre todo porque hasta entonces él no parecía haberse dado cuenta ni siquiera de que tuviera piernas.

En cuanto a lo callada que estaba, a medida que era más consciente de la atracción que sentía por Max Harding, más atada tenía la lengua. ¡Pero no podía decírselo!

Abby se encogió de hombros, y dijo:

—No me ha dado la impresión de que quisieras hablar.

—¿No? —Max se puso frente a ella y la miró—. ¿Qué te ha dado la impresión de que quería hacer? —le preguntó con voz sensual.

Abby tragó saliva, muy consciente de lo cerca que estaba él. Ella no sabía qué quería hacer Max, pero sí sabía lo que ella quería que hiciera.

Quería sentir sus labios, sentir la fuerza de sus brazos rodeándola, sentir su cuerpo, sentir las caricias de sus manos en su espalda y en sus pechos. Y quería tocarlo con la misma libertad.

—¿Abby...?

Afortunadamente, Max rompió el hechizo y ella reaccionó. Se trataba de Max Harding, un hombre maleducado, arrogante y burlón. ¡A ella ni siquiera le gustaba!

Todo eso era cierto. Pero también era cierto que era un hombre irresistible. Tanto que Abby sabía que, si la hubiera besado hacía un momento, se habría derretido en sus brazos.

Pero se había dado cuenta de su propia inconsciencia, y aquello había sido como un cubo de agua helada. Aquél era Max Harding; frío, distante, imposible de conseguir.

Abby desvió la mirada de aquella boca tan tentadora.

—Acompáñame a mi casa y terminemos con esto —le dijo, contenta de la normalidad del tono de su voz.

Max siguió mirándola unos segundos y luego asintió.

—Bien —dijo.

Abby tuvo que hacer un esfuerzo por ir a su paso, porque su calzado no era el adecuado. Pero no iba a quejarse en voz alta del paso rápido que llevaba Max. Lo único que quería era llegar a su apartamento y encerrarse.

Minutos más tarde, llegaron al edificio de su piso.

—Gracias por acompañarme a mi casa —dijo ella, y se quedó de pie, como resguardando la entrada al edificio. No quería que Max llegase a su apartamento.

—¡Qué educada! —Max torció la boca en una mueca burlona—. Tu madre y Dorothy, evidentemente, fueron a un buen colegio.

Abby lo miró con impaciencia. Luego recordó algo que Max le había dicho y que le había estado rondando la mente.

—¿Qué has querido decir con eso de que tengo familiares en puestos altos?

Max la miró.

—No querrás decir que no lo sabes, ¿verdad? —preguntó, escéptico.

—¿Que no sé qué?

—Las conexiones de Paul Dillman con *Ajax Televisión*, y por lo tanto las de Dorothy, ¿verdad?

Lo normal hubiera sido preguntar: «¿Qué conexiones?». Pero como no quería admitir delante de aquel hombre que no tenía idea de aquello, no quiso preguntar.

Al menos, a Max.

Capítulo 4

—Paul acaba de convertirse en uno de los socios más importantes de *Ajax Televisión* —le dijo Dorothy mientras regaba las plantas de su jardín de invierno—. Creí que te lo había dicho.

No, por supuesto que no se lo había dicho. De haberlo sabido, Abby se habría cuestionado más profundamente su repentino ascenso a la fama. Pero ella había pensado que había sucedido como se lo había dicho Pat Connelly: que Abby había hecho tan bien su trabajo durante aquellos meses en el programa del desayuno, que ahora le habían ofrecido su propio programa.

A pesar de que ella no había dormido pensando en esto, había esperado hasta las diez para ir a ver a Dorothy, suponiendo que la fiesta habría terminado tarde la noche anterior.

Abby no había podido descansar, caminando de un lado a otro de su apartamento, preguntándose si sería verdad lo que le había dicho Max.

—¿Abby? ¿Qué diferencia hay?

—¡Una gran diferencia! —exclamó Abby, sintiendo que su mundo profesional se derrumbaba.

Dorothy dejó la regadera, y dijo:

—No veo por qué. Pat Connelly fue la que se acercó a *Ajax* con la idea del programa. Si no entendí mal, ella te había visto en el programa de la mañana y pensó que podías dar más. Paul se convirtió en accionista principal hace unos meses, Abby, pero él ha tenido muy poco que ver con que te eligieran a ti —agregó Dorothy.

—Aun si eso fuera verdad...

—Lo es —le aseguró la mujer—. Evidentemente, cuando a Paul le sugirieron la idea de ofrecerte un programa, él se mostró encantado por ti. Pero eso fue lo único en lo que participó él —Dorothy la miró con desconfianza—. ¿Quién ha dicho otra cosa?

Abby no miró a Dorothy.

—No importa —dijo, pensando que tal vez había sido un error ir a ver a Dorothy para hablar de aquello—. Supongo que me tocará trabajar el doble para demostrar que esas afirmaciones de nepotismo son falsas, ¿no?

—¿Quién ha afirmado eso? No ha sido ese desagradable Gary Holmes, ¿verdad?

—No sabía que te parecía desagradable también él.

Dorothy frunció la nariz como muestra de disgusto.

—Sé que es muy atractivo, querida, y que la mayoría de las

mujeres lo encuentran irresistible, pero yo ya pasé la edad en que lo único que importa es la apariencia. Una vez quiso ligar conmigo, algo que me pareció totalmente fuera de lugar, ¡y que a Paul le pareció divertido!

Abby sonrió al imaginarlo.

—No, por una vez esto no tiene nada que ver con Gary Holmes.

—¿Quién entonces? ¿No será Max, verdad? ¿No me digas...? —Dorothy parecía estar hablando sola—. A pesar de lo me dijiste anoche, yo he notado que os lleváis bien. Me puse muy contenta cuando os marchasteis juntos poco tiempo más tarde.

—No sé por qué —dijo Abby, agitando la cabeza y mirando su reloj de pulsera—. ¿Es ésta la hora? —Abby fingió prisa.

Era sábado y tenía poco que hacer, excepto la colada. Pero no quería hablar de Max Harding ni de la noche anterior.

—Pero si ni siquiera hemos tomado café... Iba a pedirle a Dora que nos lo trajera...

—Tengo que estar a las once en otro sitio —sonrió Abby—. Lo dejaremos para otro día...

En aquel momento necesitaba aire.

A pesar de lo que le había dicho Dorothy, ella no estaba totalmente convencida de que Paul no tuviera nada que ver con su contrato en *Ajax Televisión*.

—No le hagas caso, Monty —le advirtió a su gato—. Mamá habría avisado antes de venir, y no quiero ver a nadie más.

Quería seguir tirada en el sofá, con el gato a su lado, ronroneando.

—Sabes, Monty, lo que yo quería... —le dijo al gato cuando sonó el timbre por tercera vez.

El timbre siguió sonando, volviendo loca a Abby.

Finalmente no aguantó más. Dejó al gato en el sofá, se puso de pie y fue hacia el telefonillo.

—¿Sí? —dijo agresivamente—. ¿Qué ocurre? —preguntó, irritada. No estaba de humor para visitas, sobre todo para una tan insistente.

—Abre la puerta, Abby —oyó una voz familiar.

Abby quitó el dedo del telefonillo como si la hubiera quemado.

¡Era Max! ¿Qué diablos estaba haciendo allí? ¿Por qué...?

El timbre sonó otra vez.

Ella volvió a apretar el botón.

—¿Quieres dejar de hacer eso?

—En cuanto me abras y me dejes entrar.

Ella no quería abrir la puerta. No quería ver a Max. No quería hablar con él. Pero la alternativa era volverse loca con el timbre.

Abby apretó el botón que abría el portal. Abrió la puerta de su apartamento y volvió a la sala. Se tumbó nuevamente en su sofá. Monty se quejó cuando notó que se sentaba encima de su cola.

Cuando oyó acercarse a Max, agarró de forma defensiva un cojín. Oyó la puerta cerrarse.

Max apareció en la entrada del salón.

—Muy bonita —dijo Max mientras entraba.

Abby se dio cuenta de que no podía referirse a ella. La última vez que se había mirado en el espejo había estado horrorosa, con el pelo despeinado, y no se había vuelto a poner barra de labios desde que había llegado de casa de Dorothy.

Debía referirse a su casa, espaciosa, con unas vistas estupendas al Támesis.

Pero ella sabía que Max no había ido allí para hablar de su casa. ¡Aunque no tenía ni idea de a qué había ido!

—Max, ¿qué quieres? —preguntó ella con poca amabilidad.

Lo miró. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta negra.

¡Dios! ¡Realmente era muy atractivo! Su corazón empezó a acelerarse.

—Café. Solo, con azúcar —respondió Max.

Se sentó en uno de los sofás.

¡Qué respuesta!, pensó Abby.

Monty se había ido a su dormitorio.

—No te estaba ofreciendo nada para beber —dijo Abby, frunciendo el ceño.

—¿No? —Max alzó una ceja. Luego miró las curvas de su cuerpo y la camiseta azul—. ¿Qué me estabas ofreciendo, entonces?

Abby sintió un cosquilleo en su interior al oír su tono de voz sensual.

Se puso colorada. Maldita sea. Aquel hombre con sólo hablarle, con sólo mirarla, le hacía recordar el día que lo había visto semidesnudo. Se moría por tocarle el vello de su pecho.

Abby se puso de pie.

—Te estaba preguntando qué haces aquí.

Max la miró y frunció el ceño.

—¿Has dormido bien? Pareces cansada —le dijo.

Abby le clavó la mirada.

—No, no he dormido bien.

—Las críticas de tu programa en los periódicos de la mañana son buenas.

Sorprendentemente había sido así. No tanto como había imaginado Jenny Jones, pero los comentarios habían sido muy positivos, de todos modos. Incluso un periódico había comentado que si el resto de los programas eran tan entretenidos, Abby destacaría en el género. Todo muy bien. Pero en la mente de Abby seguía la idea de que no era el programa que ella había preparado. Ni tampoco se olvidaba de la conexión entre Paul y *Ajax Televisión*. Si los periódicos sensacionalistas se enteraban, sacarían partido de ello.

—¿Tu falta de conversación tiene algo que ver con el hecho de que Dorothy me haya llamado hace un rato para decirme que soy un bocazas?

Abby miró instintivamente su boca. ¡Cuánto había deseado besarla!

—¿Ha hecho eso? —preguntó Abby.

—Sí. Algo que no me ha gustado mucho, puesto que Dorothy es una de las personas que más aprecio. Aun cuando ella haya hecho lo mismo conmigo.

El modo en que la miró Max le dejó claro que se estaba refiriendo a la fuente que le había proporcionado su dirección. No había duda alguna. Su gesto era implacable. No había rasgo alguno de humor en su expresión.

—Dorothy también es una de mis personas favoritas —le dijo ella.

—No lo dudo. ¡Pero no te ha dicho que eres una bocazas!

No. Y ella no podía imaginarse a Dorothy diciendo eso a Max.

—Dorothy es muy dulce como para hablarle así a nadie.

—Normalmente, sí. Pero dice que se lo achaque a la edad...

Abby recordó aquella frase de boca de su madrina. Así que tal vez Dorothy se lo hubiera dicho.

La madre de Abby había pasado la menopausia hacia unos años, y recordaba que había sufrido un cambio de personalidad. Tal vez Dorothy se estuviera refiriendo a eso cuando decía que su edad era la responsable de que dijera ciertas cosas.

—Bueno, siento si algo de lo que le he dicho a Dorothy ha hecho que ella te hable así. Pero después de lo que dijiste anoche, yo necesitaba saber ciertas cosas. Y Dorothy me pareció la persona indicada para contestarme.

—¿Qué te parece si te llevo a almorzar y seguimos discutiendo el

asunto?

Abby miró a Max, en estado de shock.

—¿Me estás invitando a almorzar? —lo miró con desconfianza.

—Eso parece —dijo burlonamente él.

Abby frunció el ceño. ¿Por qué diablos la invitaba a almorzar Max Harding?

—Piensas demasiado, Abby —le dijo Max, y se puso de pie—. Ponte una chaqueta y vamos.

¿Quería ir a almorzar con Max Harding?, se preguntó Abby. ¡Sí, quería!

Y no lo hacía para convencerlo de aparecer en el programa. Sino por el cosquilleo que le producía su presencia...

Max sacó un juego de llaves del pantalón del vaquero.

—¿Sí o no, Abby?

Una parte de ella quería decir «no», aunque sólo fuese para ver la cara de Max al rechazarlo. Pero la otra parte quería decir «sí», aunque sabía que era un error sentirse atraída por aquel hombre.

—Tomaré tu silencio por un no —se dio la vuelta para marcharse.

—¡Sí! —exclamó Abby.

Max se dio la vuelta y la miró.

—Sí. Tengo que interpretarlo como un no, ¿verdad? ¿O sí, vas a almorzar conmigo?

No parecía importarle demasiado su respuesta. Pero lo que estaba claro era que si rechazaba la invitación de Max en aquel momento, él no la volvería a invitar.

—Sí, iré a almorzar —Abby quitó la chaqueta del respaldo de la silla, donde la había dejado antes, y se la puso—. Después de todo, un almuerzo gratis es un almuerzo gratis —dijo ella, para disimular su deseo de ir con él.

Max la miró con burla en los ojos.

—¿No lo sabías, Abby? No existe eso del almuerzo gratis.

Era posible. Pero no podía imaginarse cuál era el precio. Después de todo, le había dicho varias veces que ella no era su tipo. Y si lo fuera, ¡tal vez el precio fuera muy alto!

Max suspiró, expresando su impaciencia con su demora.

—¿Quieres ponerte en marcha de una vez? Me pongo un poco irritable cuando tengo hambre...

Abby se colgó el bolso del hombro.

—¿No me digas?

—¡Oh! Ya lo verás. Soy un gatito suave y manso cuando ya he

comido.

O un león, pensó ella.

Y hablando de gatos...

—¡Oh! Espera un momento —Abby volvió a entrar en el apartamento y fue a la cocina a ver si Monty tenía suficiente agua.

Cuando volvió al salón, descubrió que Monty había dejado su escondite y que Max lo estaba acariciando.

—Éste es mi gato, Monty —se lo presentó.

Su gato traicionero, pensó. ¿No sabía distinguir un amigo de un enemigo ese animal?

Max la miró.

—Éste no es sólo un gato, Abby, es un gato persa. Un magnífico ejemplar de su raza, además —dijo Max con admiración.

—¡Oh, no empieces! —Abby puso los ojos en blanco—. Monty ya tiene una elevada opinión sobre sí mismo sin que le digas eso...

—No se equivoca —le dijo al gato, y luego se volvió a Abby—: ¿Estás lista para marcharnos por fin?

—Bueno, podría quitar un poco el polvo y hacer la cama... Sí, estoy lista.

Se puso contenta al ver que Max la llevaba a su restaurante favorito. Le encantaba la comida italiana, y en *Luigi's* servían la mejor de Londres. El restaurante tenía la ventaja, además, de estar cerca del estudio donde ella trabajaba ahora. Aunque aquel día le daba igual, porque no trabajaba hasta el lunes.

—Le he preguntado a Dorothy adonde te gusta comer —le dijo Max al ver que Abby parecía complacida.

Lo que quería decir que había querido invitarla a almorzar desde el principio.

Interesante...

Seguramente su madre ya estaría al tanto de que Max la iba a invitar a almorzar. Dorothy y su madre, Elizabeth, hablaban al menos dos veces por semana, y Abby estaba segura de que Dorothy habría considerado que aquella invitación de Max valía una de esas llamadas.

Max no lo sabía, pero conociendo a su madre y a Dorothy, ella sabía que para entonces las dos mujeres ya habrían elegido el color del vestido de la dama de honor y los nombres de los niños.

—¿Qué te causa gracia? —preguntó Max después de aparcar el Mercedes plateado y rodearlo para abrirle la puerta.

Abby agitó la cabeza.

—¡Nada!

—¡Pues parece muy divertido!

No podía compartir aquello con él. Porque una cosa que podía decir con certeza acerca de Max Harding era que no era el tipo de hombre que una mujer llevaría a casa para presentárselo a su madre.

Aparte de su temprano matrimonio, Max no había estado comprometido en ninguna relación como para llegar a ese extremo.

Y se preguntaba por qué sería. Era un hombre atractivo, apuesto, y suficientemente rico, así que ella estaba segura de que no eran las mujeres con las que salía quienes no querrían comprometerse. Tal vez...

—¿En qué estás pensando ahora? —preguntó Max, agarrándole suavemente el codo mientras atravesaban el aparcamiento en dirección al restaurante.

—¿La verdad?

—Sí.

Ella respiró profundamente.

—Me estaba preguntando si tendrías tendencias homosexuales.

—¡Te estabas preguntando! —exclamó Max—. ¿Por qué no eres más directa? —agitó la cabeza.

—Bueno, tú me lo has preguntado.

—Lo sé. Y la respuesta es «no» —agregó con impaciencia.

Abby se encogió de hombros.

—Ha sido sólo un pensamiento...

Max abrió la puerta del restaurante para que pasara ella.

—¡Bueno, en el futuro te sugiero que te guardes esos pensamientos!

—Tú has preguntado —protestó ella—. Además, has dicho que yo no era tu tipo, así que...

—Dedujiste algo que está muy lejos de la verdad. ¡Yo no me he referido a todo el sexo femenino!

—¿Sólo a mí?

Max la miró de arriba abajo.

—Creo que será mejor que me reserve el juicio sobre mi anterior afirmación —dijo.

—Pareces un abogado —se burló Abby.

En aquel momento hubo una interrupción.

—¡Abby! —era Luigi en persona quien estaba de maître aquel día. Sonrió al ver a Abby.

Se acercó a ella y le dio un beso en cada mejilla.

—Es un honor tenerte con nosotros —comentó Luigi—. Por razones obvias, no pude ver tu programa anoche —miró hacia el

salón lleno de gente, que estaba aún más lleno por la noche—. Pero mi esposa me ha dicho que ha sido muy romántico —levantó una ceja.

Abby se rió, y no hizo ningún comentario sobre su programa. Todavía no sabía si había sido un éxito o no.

—Luigi, éste es Max Harding —Abby cambió de tema, presentando a los dos hombres.

—Claro... Es un placer conocerlo, señor Harding.

—Llámeme Max, por favor. He llamado antes y he reservado una mesa —le dijo al corpulento italiano.

—No tenía idea de que Abby iba a ser su acompañante —sonrió el dueño del restaurante, quitando un cartel de «Reservado» de una mesa.

—Comes aquí con frecuencia, supongo... —murmuró Max.

—Bastante a menudo —respondió ella, saludando a varias personas con la cabeza, muchos de ellos conocidos del estudio.

¿Max había estado tan seguro de que ella iría a almorzar con él que había reservado una mesa?

Aquella idea y el ver que él no se había equivocado al imaginarse su respuesta, le molestó un poco.

—Dorothy me advirtió que tenía que reservar una mesa si no queríamos quedarnos sin ella —explicó Max, como si hubiera leído sus pensamientos.

Pero una vez que estuvo sentada esperando uno de los deliciosos platos de Luigi, se le pasó el enfado.

—Una copa de vino tinto de la casa, Luigi —respondió Abby cuando Luigi le preguntó por la bebida—. Es muy bueno —le dijo a Max al ver que él la miraba con curiosidad.

—Que sean dos, gracias —dijo Max—. Dime, ¿qué se siente al ser famosa?

—El día que lo sea, te lo haré saber, no te preocupes. —dijo ella, jugando con un unas flores que había en un florero que adornaba la mesa.

Max puso sus grandes manos encima de las de Abby.

—Mira a tu alrededor, Abby.

Lo hizo. Y se sorprendió de ver que había mucha gente mirándola furtivamente. Y algunos le estaban sonriendo.

Abby se encogió de hombros.

—¡Probablemente se estén preguntando quién es la mujer que está comiendo con Max Harding!

Max agitó la cabeza.

—Yo soy una noticia antigua, Abby. Es a ti a quien están mirando.

Abby volvió a mirar a su alrededor y se convenció de que era verdad. Que era a ella a quien asentían con la cabeza y sonreían.

Cuando se había transformado en chica del tiempo, la gente había empezado a saludarla, pero no había sido nada parecido a aquello.

Pero casi siempre habían sido señoras mayores las que la habían reconocido y saludado. En cambio, las miradas que recibía de la gente en aquel momento provenían de hombres y mujeres.

Abby quitó las manos de debajo de las de él.

—¡Mañana nos habrán casado en las revistas del corazón!

—Posiblemente —dijo Max—. ¿Necesitas más confirmación de que tu programa ha sido un éxito?

—¡Un montón más! Sobre todo porque se duda de mi capacidad para conseguir el trabajo por mis propios medios —dijo Abby.

Seguramente ése era el motivo de que Gary Holmes le tuviera tanta antipatía. Él había sabido desde el principio que ella tenía relación con Dorothy. En cambio Max no lo había sabido hasta que ella se lo había dicho. Oh, bueno, era posible que Gary actuase del mismo modo con cualquier persona que sintiera que le habían impuesto.

—Bueno, bueno, bueno, Abby. ¿Has salido a almorzar para celebrarlo? ¿O ha sido para consolarte? —se oyó una voz de desprecio.

Abby se quedó con la boca abierta al levantar la mirada y descubrir a Gary Holmes al lado de la mesa.

Se quedó tan sorprendida que no pudo hablar.

—Es una celebración, por supuesto —respondió Max con tono de desafío. Y se puso de pie.

Gary se quedó pasmado al ver la identidad del acompañante de Abby. Se puso rojo. Luego el color desapareció de su cara y se quedó blanco.

Gary tragó saliva, y dijo:

—Max...

Max sonrió sin humor, y dijo:

—Al menos ninguno de nosotros somos lo suficientemente hipócritas como para decir que nos alegramos de vernos.

Era evidente que no se alegraban de verse, pensó ella.

El día que ella se había metido en su apartamento y le había nombrado a Gary Holmes, había notado que Max se había callado y

luego había cambiado de conversación. Y ahora se daba cuenta de que la intuición de aquel día había sido correcta.

Se preguntaba por qué.

Gary pareció recuperarse del *shock*.

—¿Puedo deducir de este encuentro que has convencido a Max para que vaya a tu programa? —preguntó.

—Piensa lo que quieras, Gary —respondió Max—. Y ahora, si no te importa... Has interrumpido nuestra comida durante bastante rato...

—En absoluto —Gary había recuperado totalmente su compostura—. Espero volver a trabajar contigo algún día, Max —agregó.

Miró a Abby y se marchó.

Abby miró a Max con curiosidad mientras éste seguía de pie al lado de la mesa.

¿Cuándo habían trabajado juntos Gary y Max?, se preguntó ella. Fuera en la circunstancia que fuera, no parecía haber habido una buena relación entre ellos.

—Max...

—¡No preguntes! —exclamó él con dureza.

Pero ella quería saber, necesitaba saberlo antes de trabajar con Gary nuevamente. Estaba segura de que Gary no iba a dejar pasar la oportunidad de hacerle algún comentario. Y ella no iba a ser capaz de combatirlo, en su ignorancia.

Pero la actitud de Max dejaba claro que no quería más preguntas sobre el asunto.

¡Gary había arruinado el almuerzo! Y ninguno de los dos hizo honor a la ensalada de pasta casera, para disgusto de Luigi; y no quisieron tomar postre ni café.

Max pidió la cuenta antes de llevarla a casa. El viaje lo hicieron en silencio.

Todo lo cual hizo que Abby se prometiera que lo primero que haría el lunes sería averiguar la historia del antagonismo entre Gary y Max.

Tenía la intuición de que sería una historia que valdría la pena conocer.

Capítulo 5

—Lo siento —dijo Max. Abby, a medio salir del coche, miró a Max, y preguntó:

—¿«Lo siento»?, ¿por qué?

Después de haberse presentado como un almuerzo prometedor, la salida se había estropeado totalmente.

—¡Maldita sea! —Max apretó el volante.

Luego abrió la puerta y salió del coche. Hizo un gesto de disculpa al conductor de un coche que venía en su dirección y que tuvo que hacer una maniobra para no llevárselo por delante, y respondió:

—Siento haber sido una compañía tan desastrosa para este almuerzo —murmuró.

Si bien no era la mejor disculpa del mundo, al menos fue sincero, pensó ella.

Pero la expresión sombría y de enfado de Max no la animó a preguntar el por qué de su malhumor, aunque sabía quién lo había provocado.

—No lo había notado… —dijo Abby, mirándolo.

—Sí, vale… —dijo Max, burlándose para sí.

—¿Quieres subir a tomar un café?

Max la miró.

—La última mujer que me invitó a tomar café tenía otra cosa en mente.

—Yo sólo te ofrezco café.

Al menos, eso creía ella.

El silencio de Max durante el almuerzo no había hecho más que aumentar su atracción hacia él, porque había estado pendiente de cada movimiento que hacía…

Esperaba que sólo lo estuviera invitando a tomar café.

Su magnetismo sexual era algo que no podía negar. Su aura de energía masculina le tocaba algo en su interior, algo que jamás había conocido hasta entonces.

¡Esperaba que Max no se diera cuenta de ello!

No parecía haberse dado cuenta.

—Recuérdame que hable contigo acerca de la fragilidad del ego de los hombres —le dijo él cuando ella abrió el edificio de su apartamento.

«El ego de algunos hombres», pensó Abby mientras iban en el ascensor. La investigación que había hecho acerca de aquel hombre le advertía que, el hecho de que Max no se hubiera vuelto a casar,

no era señal de que hubiera habido escasez de mujeres en su vida. ¡Y era él el que normalmente terminaba las relaciones!

Así que era mejor no sentir atracción hacia él...

Las investigaciones eran una cosa, y el hombre real, otra. Éste era un enigma. Y Abby tenía el presentimiento de que él prefería que así fuera. Era hijo único de padres ricos. Había vivido sus últimos diez años en Mallorca sin ninguna atadura emocional. Al parecer, era él el que ponía las reglas en las relaciones.

Y daba la impresión de que Max quería seguir así.

No era que Abby tuviera interés en tener una relación seria con nadie, tampoco. Su última relación, de seis meses de duración, había terminado hacía un tiempo, y ella no tenía ganas de repetir la experiencia de que alguien quisiera saber qué hacía y qué pensaba las veinticuatro horas del día. Además, a Monty no le había gustado Andrew... Arqueaba la espalda y resoplaba siempre que lo veía.

Pero a Monty le gustaba Max, le susurró una vocecita en su interior.

Algo que confirmó cuando volvió de la cocina con dos tazas de café y se encontró a Monty sentado en el regazo de Max, ronroneando.

—¿Qué puedo decir? ¡Le gusto! —se rió Max, al ver la cara de disgusto de Abby.

Abby puso una taza de café frente a él en la mesa.

—¿Con eso te basta para que recuperes ese ego masculino? —Abby se sentó en la silla frente a él.

—Bueno, yo no diría tanto... —se puso serio, y agregó—: Realmente siento lo que ha sucedido en el restaurante. Te he invitado a almorzar, y he estado malhumorado todo el tiempo. ¡Gary Holmes siempre me produce el mismo efecto!

Abby lo miró por encima del borde de su taza, y dijo:

—Yo sé por qué no me cae bien a mí. Pero ¿qué te hizo a ti?

Max se puso más serio aún.

—Te he llevado a almorzar porque he pensado que teníamos que hablar, no para responder preguntas...

—Pero no hemos hablado, Max —lo interrumpió.

Notó que él estaba transformándose nuevamente en el hombre arrogante que había encontrado la primera vez que se habían visto. Poniéndose a la defensiva.

—No, no lo hemos hecho —admitió Max—. Porque los comentarios de Holmes me han recordado que sólo eres otra periodista que busca un reportaje. Y peor aún, que eres una

presentadora de un programa de cotilleo que busca un punto de vista diferente de la misma cuestión. Yo me había dejado distraer con otras cosas —dejó a Monty a un lado y se puso de pie.

El último comentario la hirió por partida doble. Personalmente, porque aquel hombre le gustaba más de lo que hubiera deseado. Y profesionalmente, porque la intensa atracción que sentía por él le había hecho olvidar su trabajo. La verdad era que encontraba tan atractivo físicamente a Max, que ni siquiera se había acordado de su programa desde que estaba con él, ni de que todavía le interesaba que el invitado de su último programa fuera él.

—Eres muy injusto —le dijo—. Yo no te he... ¿Cómo has dicho? ¿Te he distraído?

—Me había dejado distraer con otras cosas —la corrigió, clavándole esos ojos grises.

Abby aguantó la mirada.

La tensión se hizo insoportable mientras se miraban a los ojos.

Abby estaba decidida a no ser la primera en romper ese contacto.

Notó cómo Max le miraba los labios...

Ella no pudo impedir lo que pasó después. Fue algo instintivo. Se pasó la lengua por los labios; esos labios que Max estaba mirando con el ceño fruncido. Un gesto que produjo una expresión más dura en el rostro de Max.

Abby suspiró.

—Oye, Max, no sé...

—Oh, tú sabes, Abby... —protestó él mientras se acercaba a ella —. ¡No puedes ser tan ingenua! —agregó con desprecio.

Pero lo era. En realidad ella no sabía de qué estaba hablando... ¿Qué había hecho ella...?

Todo pensamiento coherente la abandonó cuando Max se acercó, le agarró los brazos y la apretó contra su cuerpo. Luego la besó.

Entonces se dio cuenta de que eso era de lo que estaba hablando Max. Aquello era lo que lo había distraído antes. Él se sentía tan atraído por ella como ella por él.

Fue un beso castigador. Max la besó apasionadamente. Su boca la poseyó con ferocidad. Y Abby reaccionó con el mismo ardor. Deslizó sus manos por su pecho y le quitó la chaqueta. Luego la tiró en el sofá. Los brazos de Max estaban duros como el acero; y ella notó su erección cuando la apretó contra su cuerpo.

Ella estaba tan caliente, tan excitada, que todas sus terminaciones nerviosas parecían alerta mientras él la besaba. Aquello era lo que ella quería, lo que había estado añorando desde

el momento en que había visto a Max Harding por primera vez.

Era tan placentera la sensación de tocarlo, de olerlo. Todos sus sentidos se sentían embriagados...

Sus manos empezaron a acariciarla, buscando los sitios de su cuerpo que le daban placer. Le acarició la espalda, luego agarró sus pechos y jugó con sus pezones con el dedo pulgar.

Abby gimió de placer. Max penetró su boca una vez más, y la exploró rigurosamente, descubriéndole rincones que ella no sabía que existían, haciéndola gozar hasta extremos desconocidos. Sólo era consciente de Max, del tacto de sus manos, de sus labios, de su lengua.

Cada una de sus células se sintió consumida por el deseo, que fue creciendo en su interior, y perdió el control. Ella...

De pronto Max la apartó. Abby lo miró. En sus ojos vio el mismo deseo que la consumía a ella. No comprendía por qué había parado. Evidentemente no había sido por su falta de cooperación, pensó Abby con pudor.

Ella agitó la cabeza, y preguntó:

—Max, ¿qué...?

—Tienes una visita —la mano de Max apretó su brazo levemente y luego la soltó tan repentinamente, que ella casi se tambaleó.

Si alguien había llamado al telefonillo, ella no se había dado cuenta. Había estado totalmente sumergida en las sensaciones que había experimentado con Max. Pero al parecer, él no había estado tan ajeno al mundo circundante.

—¿No deberías contestar? —preguntó bruscamente Max, mirándola a los ojos.

¿Debía hacerlo? ¿Quería ver a alguien? Además, ¿quién podía ser?

Sus padres vivían en el campo, a Dorothy la había visto aquella mañana... Y de momento, no quena ver a nadie.

Abby agitó la cabeza.

—No espero a nadie —dijo mirando a Max, buscando la señal de su erección.

—¿No? —preguntó él.

Abby frunció el ceño. Tenían que hablar. No quería que los interrumpiera un tercero, fuese quien fuese.

Tenían que...

—Esto ha sido un error, Abby... —dijo Max—. ¡Un error que no se repetirá!

—Pero...

—¡Abre la maldita puerta! —gritó él cuando el telefonillo volvió a sonar—. Yo me iré de todos modos —agregó con tono de disgusto, y se puso la chaqueta.

Ella sintió ganas de llorar por aquel rechazo de Max. Aunque sabía que Max se había sentido atraído por ella. ¡No eran imaginaciones suyas!

Pero sabía que no debía insistir, si no quería que la humillara más aún. Sabía que Max era capaz de herirla verbalmente si insistía en el tema.

Abby lo miró por última vez y se acercó al telefonillo.

—¿Sí? —dijo totalmente desganada.

¡Tal vez si no los hubieran interrumpido, habría estado en la cama con Max en aquel momento!

—No habré interrumpido nada, ¿verdad, Abby?

Abby se quedó con la boca abierta al escuchar la voz de Gary Holmes. Jamás había estado en su apartamento. ¡Jamás lo había invitado! Tampoco lo había invitado aquel día. Pero estaba allí, ¡en el momento más inoportuno!

Gary era el director de su programa, pero eso no le daba derecho a invadir su vida privada.

Abby miró a Max y se volvió para hablar por el telefonillo.

—¿Qué quieres, Gary?

Se oyó una especie de risa forzada y Gary respondió:

—Ésa es una pregunta muy directa.

Abby suspiró impacientemente.

—No estoy de humor para juegos, Gary, así que dime lo que tengas que decirme y vete…

—¡No eres muy amistosa conmigo, Abby! Tengo que hablar contigo de algunas cuestiones.

—Hablaremos el lunes…

—Quiero hablar contigo ahora, no el lunes —la interrumpió—. Oye, si quieres, subo por la escalera en lugar de por el ascensor y así tenéis tiempo de poneros ropa…

—¿Cómo te atreves…? —protestó Abby, mirando con pánico a Max.

Gary sabía que Max estaba con ella, sabía lo que estaban haciendo, aunque creía que no estaban vestidos. Si hubiera aparecido diez minutos más tarde, no se habría equivocado en esto último.

—¡Por el amor de Dios, Abby! ¡Abre la puerta! ¡Deja de actuar como una virgen agraviada y abre la puerta! —gritó Gary.

Ella no se apartó cuando Max se acercó y apretó el botón del telefonillo.

—Tengo una idea mejor, Gary —le dijo fríamente Max—. Que Abby abra la puerta, y que tú te marches y...

—De verdad, Max —lo interrumpió Gary—. Estoy seguro de que no deberías hablar de ese modo delante de una dama. Y Abby es una dama, ¿no es verdad? Padres ricos, buen colegio... No habrá tenido que esmerarse en la universidad, con ese cuerpo... Tiene clase, con mayúscula. Ésa es nuestra Abby...

—No soy tu Abby, ¡maldita sea! —gritó ella.

—¿No? Vale. De acuerdo. Si insistes en esto... Supongo que hablaré contigo otro día. Adiós, Max.

¿Qué estaba haciendo Gary?

Miró a Max y le pareció comprender. ¿Era posible que Max pensara que lo que realmente había querido hacer Gary...?

Pero sí, estaba pensando eso.

Ella suspiró profundamente. Estaba temblando. No era de extrañarse. Primero aquella explosión de pasión, y luego aquella inesperada visita de Gary.

—Max... ¿No creerás...?

—Da igual lo que crea yo...

—No da igual. No tengo ni idea de... qué es todo esto —hizo un gesto en dirección al telefonillo—. Hablaré con Gary el lunes —agregó con determinación—. Pero no quisiera que el retorcido sentido del humor de Gary nos afecte...

—¿A nosotros? —repitió Max, sonriendo afectadamente—. Unos pocos besos y unas cuantas caricias no nos convierten en «nosotros», Abby —le aclaró.

Abby se puso roja, de irritación.

Se puso de pie bruscamente y, levantando la barbilla, dijo:

—Creo que es mejor que te vayas...

—¿Antes de que diga algo de lo que pueda arrepentirme? —completó la frase Max—. En estas circunstancias, ¿realmente crees que es posible?

Probablemente no. Pero si Max no se iba pronto, tenía miedo de derrumbarse delante de él, y no quería que Max la viera.

No sabía qué tramaba Gary, ni por qué había adivinado que Max estaba allí con ella. Cuando Gary los había visto en el restaurante ni siquiera se habían besado. No había habido nada que pudiera hacer suponer cierta intimidad entre ellos... Quizás el juego de Gary fuera con Max solamente... Y ella simplemente hubiera quedado atrapada

en medio de ambos.

Max no veía la hora de largarse de allí, de alejarse de ella. Y ella también necesitaba que él se marchara, para reflexionar acerca de lo que había sucedido entre ellos.

Abby agitó la cabeza.

—A ti no te interesa lo que crea o no crea yo, Max.

—Tienes razón. Buena suerte con el programa de la semana próxima, Abby.

Tampoco le decía sinceramente eso, pensó Abby mientras Max se daba la vuelta y se marchaba dando un portazo.

En aquel momento, Abby dejó escapar las lágrimas que había estado reprimiendo.

Jamás se había sentido tan humillada en su vida. Y peor. No sabía con cuál de los dos hombres estaba más enfadada.

Monty se puso en su regazo mientras lloraba...

Luego pensó que Gary era quien se merecía más su ira.

¡Y se la expresaría!

—Tienes que comprender, cariño —Dorothy intentó tranquilizarla—. Como te ha dicho Paul, no es posible lo que pides.

—¿Por qué? —preguntó Abby—. Yo soy la presentadora del programa. Gary es el director. ¡Y ya no quiero que me dirija!

A Abby no se le había pasado la rabia después de veinticuatro horas. Apenas había dormido la noche antes, pensando en qué había ocurrido entre Gary y Max. Había pasado el fin semana con sus padres. Había sido tan agradable como siempre. Su compañía la había serenado, pero seguía decidida: no quería seguir trabajando con Gary Holmes.

Lo primero que había hecho al volver a Londres había sido ir a ver a Paul y a Dorothy, para que Paul la apoyara en sus exigencias: que quitaran a Gary como director de su programa, una petición que acababa de rechazar.

No le había contado a Paul las razones personales que la llevaban a no querer seguir trabajando con él. Sólo que no se caían bien, y que eso hacía que la relación profesional no funcionase.

Paul la había escuchado con interés y comprensión, pero finalmente le había dicho, antes de marcharse, que no tenía motivos suficientes para quitar de su puesto a un hombre con tanta experiencia como Gary Holmes.

Dorothy le sonrió.

—Él está en la plantilla fija, Abby...

—Y yo —dijo Abby—. ¡Pero en el contrato no dice que tenga que trabajar con un hombre tan desagradable!

—Pero estoy segura de que tampoco dice el contrato que no tienes que aguantarlo —dijo su madrina, mirando a Abby—. ¿Qué ha sucedido, que actúas tan vehementemente contra él? No te habrá estado acosando sexualmente, ¿verdad? —Dorothy pareció alarmada de repente—. Porque estoy segura de que en esas circunstancias Paul actuaría…

—Siento decepcionarte, tía Dorothy, pero no ha habido acoso sexual.

—No estoy decepcionada en absoluto —la mujer la miró, con ojos de reproche—. Intento comprender esta repentina aversión. Creí que habías pasado el fin de semana con Elizabeth y Jeremy, ¿no es así?

Así era.

Se había marchado a casa de sus padres en cuanto Max se había ido; es decir cuando había podido calmar su llanto.

No había aguantado seguir allí, en su apartamento.

Había metido a Monty en su cesta y se había marchado a la vicaría, que era su casa familiar.

Max se habría reído si hubiera sabido que ella era hija de un vicario y de una ex actriz…

Se había marchado para sentirse mimada y querida, y para no pensar en Max.

—Sí, he estado con ellos —respondió Abby—. Pero Gary Holmes vino a mi piso antes de que saliera para Hampshire. No sé qué quería —dijo Abby al ver que Dorothy levantaba las cejas—. Me produce desconfianza… Se muestra superior… Como si supiera algo que yo no sé. ¡Oh! Estoy segura de que sabe muchas cosas que yo no sé —siguió—. Y sé que es un director con mucha experiencia… Pero, Dorothy, ¿no te parece sospechoso que Gary no le caiga bien a ningún hombre, y sólo le guste a mujeres tontas?

—No creo que eso sea muy importante para el brillante trabajo que hace.

—No, pero… Dorothy, él *quería* que mi programa fuera un desastre el viernes por la noche.

—Eso es estúpido, cariño —le razonó su madrina—. Eso no lo beneficiaría en nada, siendo él el director.

Abby lo sabía; ella misma no lo comprendía. Lo único que sabía era que Gary se había sentido decepcionado de que su programa no hubiera sido un fracaso aquel viernes. ¡Hasta sospechaba que

pudiera haber sabido lo de la reconciliación de Brad y Natalie!

Y su comentario acerca de que aquél podía ser un almuerzo para celebrar o para consolar había sido una confirmación de su actitud. Claro que Max había salido en su defensa, y eso no le había hecho gracia a Gary. Y había hecho que éste no se atreviera a decir algo posiblemente más hiriente.

Había pensado en todo aquello durante el fin de semana, y sabía que ella tenía razón acerca de Gary, aunque no sabía por qué.

Y sin una razón convincente para sustituir a Gary, a Paul debía haberle parecido ridículo.

—Tienes razón, Dorothy —admitió Abby con un suspiro—. Ningún beneficio personal puede reportarle algo así.

Pero... Si su programa era un fracaso, ella volvería a la oscuridad... Sin embargo, la carrera de Gary no se vería perjudicada como la de ella. A él le propondrían dirigir otra cosa, nada más.

¿Pero era razón suficiente para sospechar de él?

Dorothy acompañó a Abby hasta la puerta.

—No te enfades con Paul, Abby —le rogó—. Estoy segura de que si tienes algo concreto contra él, Paul te ayudaría. Pero según están las cosas en este momento, si Paul lo destituyera, lo considerarían un despido improcedente —hizo un gesto de desagrado—. Ese hombre es tan desagradable, que es capaz de disfrutar del hecho de que a ti no te guste trabajar con él...

Abby sabía que su madrina tenía razón. Le habría gustado que no la tuviera. También hubiera deseado tener alguna respuesta a su dilema.

Pero no la tenía.

Cuando llegó a su casa, el teléfono estaba sonando. Abrió la cesta de Monty para liberarlo y fue a contestar.

El teléfono siguió sonando después de contestar. Se dio cuenta entonces de que no era su teléfono. Se quedó mirando el salón, tratando de descubrir de dónde venía el ruido. Levantó cojines, periódicos...

¡Un móvil!

El teléfono sonó más fuertemente cuando ella lo sacó de entre los cojines del sofá.

Miró el aparato plateado. Luego descubrió la chaqueta de Max encima del respaldo del sofá. Max se había olvidado la chaqueta y el teléfono debía haberse caído de uno de los bolsillos...

No sabía qué hacer, si contestar o no.

Claro que podía ser el mismo Max, preguntando por su móvil...

Tendría que contestar.

—¿Sí?—dijo.

—¿Max? —le respondió una voz femenina.

—No —contestó ella.

Podría ser su madre, pensó Abby.

—¿Es el teléfono de Max?

—Probablemente —respondió ella secamente.

—¿Puedo hablar con Max, entonces? —preguntó la otra mujer.

Abby respiró profundamente.

Lo que menos le apetecía era hablar con la actual amante de Max...

Pero no podía decirle nada.

—Me temo que no está aquí para atender su llamada... —dijo Abby.

—Oh —la otra mujer pareció desconcertada.

—Pero puedo decirle que ha llamado —agregó Abby con poca sinceridad.

—Ya. De acuerdo, ¿podría decirle que ha llamado Kate?

—¿Sólo Kate?

—Sólo Kate.

—¿Quiere que le diga que la llame?

—Pienso que lo hará cuando le diga que he llamado.

—De acuerdo, lo haré —dijo Abby.

Kate.

Max estaba saliendo con alguien llamado Kate.

Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que un hombre como Max tendría alguna mujer.

Pero no se lo había imaginado. Si no, no se habría permitido sentirse atraída por él.

En caso de que eso hubiera podido controlarse...

Capítulo 6

—Tienes mi móvil...

Ella había estado esperando aquella llamada. Max sabía que la forma más fácil de localizar el móvil era llamar.

Pero por su tono, él también parecía haber esperado oír su voz al otro lado de la línea.

—Eso parece...

—¿Puedo ir ahora a recogerlo? ¿O estás ocupada?

Ella sabía perfectamente a qué se refería el último comentario. Todavía pensaba, a pesar de que ella se lo había negado, que Gary Holmes podía estar en su apartamento aquella noche.

—No, no estoy ocupada —respondió ella—. Pero ¿no es más fácil que te lo envíe mañana por correo?

Ella había estado pensando en ello después de que llamase «Kate».

Se había dado cuenta de que era mejor cortar aquello de raíz. Se había sentido expuesta. Tanto que no sabía si podría aguantar volver a verlo.

—Más fácil para ti, es posible —respondió él—. Pero no tan inmediato. Necesito el móvil ahora, Abby. No dentro de dos días.

Por supuesto. Estaba esperando que llamase Kate.

—Claro... —dijo ella con frialdad.

Se había propuesto distancia y frialdad con él.

—Oh, me alegro de que estés de acuerdo —contestó él sarcásticamente—. Estaré allí dentro de media hora.

Colgó bruscamente.

—¡Maldito sea, Monty! —exclamó ella—. Primero me besa. Luego me insulta. Y ahora me habla como si fuera tonta... ¡Lo que es posible que sea cierto! ¡Considerando que mantengo un monólogo con mi gato!

Lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta las cosas que le habían sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas!

—¡Maldito hombre! —murmuró nuevamente mientras corría a su dormitorio a arreglarse un poco.

Si tenía que volver a ver a Max, sería mejor no estar demasiado horrible, se dijo.

Además, tenía que sentirse segura con aquel hombre, y si la encontraba hecha un desastre, se sentiría peor.

Se puso unos pantalones de lino color crema y una camiseta marrón, se arregló el maquillaje y se cepilló el cabello. Estaba

elegante sin estar muy recargada, se dijo, mirándose al espejo.

Asintió con satisfacción.

Ahora lo único que le quedaba por hacer era mantener esa seguridad delante del sarcasmo de Max.

Se le cayó el cepillo de la mano cuando sonó el telefonillo.

No se molestó en contestar. Simplemente apretó el botón y se acercó a la puerta para abrirla. Oyó el ruido del ascensor.

—¡Qué medidas de seguridad tomas! —dijo él, ignorando el móvil que ella tenía en la mano y entrando a su apartamento—. Podrías haber dejado entrar a un grupo de violadores...

Abby cerró la puerta.

—O algo peor, uno de esos fanáticos religiosos —respondió ella burlonamente.

Max la miró, sin dejar traslucir nada en su expresión. Estaba muy atractivo con aquellos vaqueros y aquella camiseta negra.

—O un fanático religioso... —repitió él, mostrando su acuerdo. Pareció relajar la tensión de sus hombros—. No es que tenga nada en contra de la religión. Sólo que no me gusta que me invadan metiéndose en mi casa.

Abby, como su padre era vicario, no pensaba hacer ningún comentario acerca del tema.

—Tu móvil, creo... —ella le dio el teléfono.

Max lo agarró.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Debió caerse del bolsillo de tu chaqueta ayer, cuando la dejaste en el sofá.

—¿Cuando la dejé en el sofá? —repitió Max sensualmente.

Al parecer, Max no rehuía ningún tema. Ella había sido quien le había quitado la chaqueta para sentir el calor de su cuerpo.

—Has tenido una llamada antes...

—Sí —Max asintió.

¡Él sabía que había llamado Kate!

Y la única manera de saberlo era que la mujer tuviera el número de teléfono de su casa.

Pero ése no era asunto suyo, ¿no?

—De una mujer llamada Kate —siguió Abby.

Aunque suponía que él ya lo sabía.

—Me lo ha dicho.

¿Cómo se lo había dicho? ¿En persona? ¿Estaría todavía en su apartamento, esperando que volviera?

¡No! ¡No debía hacer aquello! ¡Estaba actuando como una esposa

celosa!

—No quiero entretenerte… —le dijo Abby.

Max no le hizo caso. Se sentó en uno de los sillones y la miró.

—Pareces… ¿un poco tensa?

Abby frunció el ceño. Había pensado que aquello sería rápido. Que Max recogería el móvil y se marcharía. Pero él parecía ponerse cómodo…

—No nos separamos muy contentos ayer —le recordó Abby—. De hecho, me pareció que esperabas no volver a verme.

—¿Sí? —la miró—. Pero aquí estoy —agregó—. Hola, chico —saludó a Monty cuando el gato saltó encima de su regazo.

Max empezó a acariciar al gato con sus largas manos. Y Monty se arqueó de placer, con expresión extática.

¿Habría hecho lo mismo ella cuando él la había acariciado?

Era terrible saber que se sentía tan atraída por él…

¿Por qué él? ¿Por qué estaba tan fascinada con aquel arrogante y no con un chico normal como Andrew, que hubiera sido feliz casándose con ella y teniendo montones de hijos?

Max Harding no era ese tipo de hombre.

Abby agitó la cabeza.

—Creo que deberías irte, ¿no?

Max le sonrió.

—Creí que no estabas ocupada esta noche… —siguió acariciando a Monty.

—Y no lo estoy. ¡Pero tú probablemente sí lo estés! —dijo, irritada.

Ya tenía el móvil. ¿Por qué no se iba?

—No particularmente.

—He pensado que quizás tuvieras que ir a ver a Kate… —le dijo ella.

—¿Sí?

—¡Por el amor de Dios! ¿Quieres dejar de contestar una pregunta con otra pregunta? —Abby estaba perdiendo el control.

Max arqueó las cejas.

—¿Estoy haciendo eso?

—¡Acabas de hacerlo otra vez! Y si respondes a una pregunta con otra pregunta, no das ninguna respuesta. Es un arte que has perfeccionado, al parecer…

Max frunció el ceño.

—Tal vez haya sido un poco brusco contigo ayer, antes de marcharme de aquí…

—No fuiste brusco. ¡Fuiste brutalmente sincero! —lo corrigió—. Pero ¿cómo esperr otra cosa del gran Max Harding?

¿Estaba yendo demasiado lejos? Probablemente estaba demasiado enfadada, demasiado herida como para no hacerlo.

Él suspiró.

—No deberías tener una relación con alguien como yo, Abby...

—No tengo una relación contigo —lo interrumpió Abby.

—Y aunque quisiera que fuera de otro modo, tú no eres el tipo de persona con quien yo pudiera tener una relación —dijo Max.

Abby se quedó inmóvil. Lo miró, frunciendo el ceño. Aquel último comentario le parecía muy enigmático. ¿Qué quería decir con que ella era alguien con quien no podía tener una relación?

En cierto sentido, ya tenían una relación. Sus vidas estaban entremezcladas, aunque sus emociones no lo estuvieran, al menos las de Max. Sabían dónde vivían, habían almorzado juntos, tenían una amiga común: Dorothy... Sus vidas no se habían encontrado antes, pero ahora que lo habían hecho, era difícil que no volvieran a hacerlo.

—¿Lo dices por tu amiga Kate? —le costaba controlar el tono de voz y mostrarse fría.

Max resopló.

—Me gustaría que te olvidases de esa llamada.

—¡Apuesto a que tú también lo harás! —Abby agitó la cabeza—. Te has callado tu relación con ella, ¿no es cierto, Max? No se te ha visto con ella... Ninguna foto en los periódicos... Ninguna... —de pronto se le pasó una idea por la cabeza—. ¡Dios mío! —exclamó—. No estará casada... ¿verdad?

Ella no era ingenua, aunque su padre fuera vicario. Y sabía que no sería el primer hombre que tuviera una aventura con una mujer casada. Lo que pasaba era que ella no se sentía atraída por esos nombres.

—¡Así que el gran Max Harding tiene una aventura con una mujer casada!

Max no movió un músculo, pero de pronto pareció grande, vigoroso, peligroso...

La miró con furia...

—¡Lo que hay que aguantar de una mujer que no ha dormido en su casa! ¡Oh, sí! Sé que no has estado en casa en toda la noche —la desafío al ver su cara de asombro—. Ya ves, perdí el móvil ayer por la noche, así que llamé para ver quién contestaba. No contestó nadie. Ni anoche, ni esta mañana. Ni esta tarde temprano —Max

hizo una mueca—. ¡Monty no fue el único que anduvo por los tejados anoche!

Abby lo miró, incrédula.

De acuerdo. Tenía veintisiete años, no tenía compromiso alguno, no era fea... ¡Pero eso no quería decir que la única razón de que no hubiera estado en su casa fuera el haber estado con un hombre!

Pero al parecer, Max pensaba eso.

—Estamos en Londres, y Monty no sube por los tejados —empezó a decir Abby—. ¡Y yo tampoco! De hecho, creo que has dicho todo esto en un intento de distraer mi atención de tu relación con Kate. ¡Debe haber sido muy molesto saber que ella y yo hemos hablado por teléfono!

—¡Para ya, Abby! —la interrumpió Max.

—Creo que deberías agarrar el móvil y marcharte... —respondió ella.

Él suspiró.

—Contigo no se puede razonar, ¿no?

—Razonar, sí. ¡Mostrarse arrogante, no! Ya tengo bastante con el engreído de Gary Holmes —agregó Abby.

Max no dejó traslucir su reacción ante sus palabras.

—Preferiría no hablar de Gary Holmes —dijo—. Y te agradecería que no hablaras con él de mi vida privada.

—¡No sé nada de tu vida privada!

Excepto que había una mujer llamada Kate, pensó.

¿Se referiría a ella cuando decía «vida privada»? ¿Qué tendría que ver Kate con Gary Holmes? ¿Se conocían? ¿Quién era ella? ¿La esposa de quién era?

—No sigas por ahí... —le advirtió Max.

Ella nunca había sido buena para esconder sus emociones. Sus padres le habían enseñado a ser sincera, y ella había creído en ello. Y así había sido hasta los veintiún años, en que había terminado la universidad. Cuando había empezado a frecuentar el ambiente de la política y la televisión había descubierto que la verdad no tenía el mismo valor para otros. Era una lección de cinismo que había aprendido en los últimos seis años.

Abby miró a Max.

—No sé de qué estás hablando.

—Te lo advierto, Abby...

—¿Amenazas ahora? No creas que así voy a perder el interés de una posible historia...

—No hay ninguna historia.

—¿No? Te afecta mucho algo que dices que no tiene importancia —Abby se calló al ver que Max se acercaba a ella. Le agarró los brazos y le clavó la mirada.

Sus rostros estaban a escasos centímetros. Ella podía sentir el calor de su aliento.

Lo primero que pensó era que iba a sacudirla hasta cansarse. Lo segundo, que iba a besarla hasta dejarla sin sentido.

Lo segundo fue lo acertado.

Pareció que el tiempo no había transcurrido entre el día anterior y aquella noche cuando él la tomó en sus brazos y la besó ardientemente. Ella se olvidó de todo, excepto de Max y del deseo que surgió entre ambos.

La pasión se alzó entre ellos como un fuego, en segundos.

Abby no tenía la imagen, no recordaba haber ido hacia su dormitorio, apenas tuvo conciencia de haber dejado un reguero de ropa en el camino, ya que ambos estaban desnudos en el momento en que cayeron encima de la colcha, ávidos de caricias y de hambrientos besos.

El cuerpo de Max era como lo recordaba de aquel primer día, delgado y duro, cubierto de oscuro y sedoso vello, más grueso en su pecho y en su vientre. Su espalda era ancha y musculosa, tenía piernas fuertes, largas, atléticas. Cuando cayeron en la cama, sus piernas se entrelazaron.

Max se inclinó y sus labios tomaron posesión de sus pechos erectos. El cuerpo de Abby se arqueó y ella gimió de placer. La boca de Max estaba caliente y húmeda. Acarició sus pechos con su lengua y sus dientes. Ella se estremeció de placer, sintiendo un calor que se expandía a todo su cuerpo y se concentraba en medio de sus muslos. Una mano de Max le acarició aquella zona, buscando y encontrando el centro de su placer, y el mínimo contacto la llevó a la cima del gozo. La deliciosa sensación se irradió a todo su cuerpo, dentro de ella, caliente, húmedo, totalmente abrumador.

Max volvió a besar su boca, poseyéndola con su lengua, con sus manos... Abby sintió a Max estremecerse con placer cuando ella tocó su sexo, caliente, palpitante. Y sintió el deseo de querer unir su cuerpo al de ella.

La llenó totalmente, la poseyó con largos y lentos empujes que la excitaron aún más, hasta llevarla al punto máximo de placer por segunda vez. Su cuerpo se convulsionó contra el de él.

Max se quedó quieto encima de ella, alargando el momento, acariciándola con las manos y los labios. Abby le acarició la espalda,

rozándola con sus uñas. Max se estremeció, sabiendo que su autocontrol estaba por derrumbarse.

Ella quería sentir la liberación de toda la tensión de su deseo, cómo se derramaba de placer dentro de ella. Quería sentir su estremecimiento, saber que ella le había dado tanto placer como él a ella.

En aquel momento los movimientos de Max dejaron de ser lentos y sus caderas se apretaron a las de Abby.

Llegaron juntos a la cima del placer. Abby no sabía bien dónde terminaba Max y dónde empezaba ella. Sólo era capaz de aferrarse a él para que la ola de placer no la arrastrase y la borrase completamente.

—¡Dios mío! —exclamó Max, mirándola a los ojos con ardor, antes de hundir su cara en el cuello de Abby.

Abby no lo había sabido... No se había imaginado... qué era el amor hasta aquel momento.

Y ella amaba a Max. Profundamente, intensamente. Y nada le importaba más que su amor.

Era de noche cuando se despertó, un rato más tarde. Se sintió desorientada al saber que había otra presencia. Luego, cuando Max se incorporó y se movió al otro lado de la cama, todo volvió a su memoria.

Había sido increíble, estar en brazos de Max después de hacer el amor maravillosamente, poner su cabeza en su hombro y que él la acurrucase. Luego se habían dormido juntos.

Max no le había hecho ningún comentario, y ella esperaba que no lo hiciera jamás, pero él era su primer amante.

Ella no era una mojigata, no le habían faltado oportunidades... Y había salido con Andrew... Sólo que la habían educado en la idea de que el amor, y no la curiosidad, era la única razón para hacer el amor con alguien. Que el cuerpo, al igual que las emociones, era un preciado regalo que no debía darse a cualquiera.

Pero hasta que conoció a Max, ella no había estado enamorada.

Y como aquélla era una experiencia nueva para ella, había estado pendiente de cada movimiento de Max. Por eso se dio cuenta cuando Max se soltó de su abrazo y se apartó de ella.

Abby observó su espalda bajo la luz de la luna. Max se había incorporado, y aparentemente no se había dado cuenta de que ella se había despertado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Abby. Hasta su voz parecía

diferente, pensó Abby cuando se oyó.

Max se dio la vuelta.

—No he querido despertarte.

Abby agitó la cabeza. Su pelo negro se movió sobre la almohada.

—No me has despertado —sonrió ella, estirando su cuerpo, que había despertado al placer.

Hasta el dolor era un placer. Hasta las marcas que tenía en los hombros por la presión de los dedos de Max en el momento en que había perdido el control, no le desagradaban. Eran como las cicatrices de la batalla. Excepto que aquéllas eran las cicatrices del amor...

—¿Qué haces? —repitió Abby al ver que Max se ponía de pie y empezaba a recoger su ropa y a ponérsela: calzoncillos, vaqueros...

Max se cerró la cremallera de los vaqueros, y luego contestó:

—Te dejo para que puedas dormir un poco más.

—Pero...

—Tengo que volver a casa para ducharme y cambiarme. Tengo una cita temprano por la mañana, Abby —se sentó en la cama del lado de Abby. Le quitó un mechón de pelo de la cara y alisó el ceño fruncido con su pulgar.

—Te llamaré más tarde, ¿vale?

No, no valía. Ella no quería que él se marchara. No quería volverse a dormir. Quería que volvieran a hacer el amor, una y otra vez. ¡Quería que Max se quedase!

La absoluta certeza de amar y ser amada que había sentido durante la noche, empezaba a borrarse con la luz del día.

La cara de Max no revelaba nada de lo que sentía o dejaba de sentir por ella.

La pasada noche había sido increíble, una revelación para ella, pero no se reflejaba lo mismo en el rostro de Max.

Abby sintió ganas de llorar.

Max la miró con curiosidad unos segundos, y luego se levantó.

—Te llamaré, Abby.

—¿Cuándo? —preguntó ella, y se odió por hacerlo.

Seguramente había dado la impresión de que no soportaba separarse de él. ¡Justamente con Max! ¡Un hombre que debía odiar que se le pegara una mujer!

—Más tarde —le prometió.

Se marchó a la otra habitación, probablemente para recoger el resto de ropa.

Abby sintió ganas de seguirlo, pero se reprimió. Y se quedó

oyendo a Max ponerse la ropa, hablar con Monty brevemente. Luego se oyó la puerta de entrada. Y el silencio más absoluto.

Max se había ido.

Después de haber compartido con ella la experiencia más hermosa e importante de su vida, simplemente se había vestido y se había marchado.

¿No había significado para él lo mismo que para ella aquella noche?

Abby dejó escapar unas lágrimas, y luego lloró desconsoladamente.

Amor…

Era una palabra que jamás habría pronunciado Max.

Capítulo 7

—¿Te ha dicho alguien que eres una mujer extremadamente difícil de encontrar?

Abby levantó la mirada de los papeles de su escritorio y se encontró con Gary Holmes, que había entrado en su oficina, jovial y apuesto.

—¿Y eso te importa? —preguntó ella, observando cómo él se apoyaba en su escritorio, sentándose encima de algunos de los papeles que ella había estado mirando.

Le había costado concentrarse en su trabajo aquella mañana, puesto que su mente acudía una y otra vez al momento en que Max se había marchado de su piso.

Se había ido a las cinco y media, y ella no había podido volverse a dormir. Su trabajo como presentadora del tiempo la había acostumbrado a la disciplina de despertarse temprano y estar alerta. Era una costumbre de la que todavía no había logrado deshacerse, y la marcha de Max le había quitado totalmente el sueño.

Así que se había levantado y había tomado varias tazas de café.

Cuanto más pensaba en el motivo por el que Max se había marchado de aquel modo, menos lo comprendía.

Lo que estaba claro era que él no le había declarado su amor, aunque le hubiera hecho el amor.

Y a medida que pasaron las horas, Abby empezó a pensar que no la llamaría más tarde.

Abby se había marchado de su piso y había ido a la oficina que compartía con varios periodistas de investigación, y se había alegrado de que no hubiera llegado nadie todavía.

Había intentado concentrarse en el trabajo, pero Max asaltaba su mente una y otra vez.

Gary Holmes apartó sus papeles y le sonrió. Achicó los ojos azules y la miró, como si hubiera adivinado que había algo diferente en ella.

¿Habría dejado alguna huella el haber hecho el amor con Max de un modo tan arrebatador?

¡Esperaba que no!

Abby se puso de pie y fue hacia la ventana. Su expresión estaba ensombrecida por la luz del sol que entraba por detrás de ella.

—¿Qué quieres, Gary?

Él permaneció imperturbable ante su hostilidad.

—No eres muy simpática conmigo, Abby. Lo único que he

querido ha sido ser tu amigo…

Abby se rió con desprecio. Lo único que había hecho Gary era ridiculizarla y despreciarla.

—¡No lo has conseguido!

—¿No? —pareció pensativo. Luego agregó—: Tal vez tengas razón. Pero no es demasiado tarde para volver a empezar, ¿no crees?

—¿Volver a empezar? —repitió ella—. ¿Y qué he hecho para merecer ese honor?

Gary sonrió.

—Es posible que no me hayas gustado mucho, Abby…

—¡No se te ha notado! —ironizó ella. Y agitó la cabeza—. Te aseguro que el sentimiento es mutuo —no tenía intención ni de ser cortés con aquel hombre, después de lo que había intentado hacer el sábado.

Al principio ella había intentado mantener un respeto profesional por aquel hombre tan brillante en su trabajo como director, pero, en los últimos días, Gary había traspasado la línea y había invadido su vida privada. Y en ese área ella no le debía ningún respeto.

—¿Para qué diablos fuiste a mi piso el sábado?

Él se encogió de hombros.

—Aunque no me creas, quería salvarte de ti misma —la miró, achicando los ojos—. Pero tal vez sea demasiado tarde para hacerlo…

Abby se puso colorada. No sabía qué cosa diferente notaba Gary en ella, pero sabía que Max era su amante.

Ella podía comprender el desprecio. Sabía que Gary despreciaba todas las relaciones en las que la gente se implicaba emocionalmente, pero ¿por qué sentía pena por ella?

—No sé de qué estás hablando —respondió Abby sin mirarlo.

—¿No? ¡Oh! Yo creo que lo sabes, Abby.

Abby se puso pálida.

Gary agitó la cabeza.

—Te estás metiendo en un juego peligroso, Abby.

—No estoy jugando en absoluto.

Gary asintió.

—Te meterás en problemas —Gary se puso más cómodo, apoyándose en el escritorio—. Max es un jugador de gran envergadura, y tú eres un peso pluma. En otras palabras, Abby, te aplastará como a una hormiga.

Ella agitó la cabeza, temblando levemente, porque había llegado a la misma conclusión que Gary.

—¿Y no crees que es asunto mío? —dijo ella.

—No, si afecta a tu programa. Como te he dicho, eres un peso pluma que no debiste ponerte en esa situación, pero...

—Ésa es tu opinión —lo interrumpió, herida al recordar que eso mismo le había dicho Max la primera vez que se habían visto.

Tenía la impresión de que habían pasado siglos desde entonces...

—Es mi opinión personal y profesional —siguió Gary—. Entonces, en resumen, eres un peso pluma, pero desgraciadamente sucede que eres la figura principal de mi último programa. Y no quiero que te autodestruyas.

—¿Y crees que el ver a Max Harding tendrá ese resultado? ¡Todavía estoy intentando convencerlo de que vaya a mi programa! ¿O te has olvidado de eso? —Abby se echó atrás un mechón de cabello negro.

Gary volvió a mirarla con compasión.

—¿Cómo va eso?

«No muy bien», pensó Abby.

—Al menos, ahora hay posibilidad de diálogo. Y eso es un logro comparado con su hostilidad total de hace una semana —dijo.

—¿Ha aceptado aparecer en el programa?

—Te lo he dicho. Todavía estoy...

—¿Ha aceptado aparecer en el programa? —repitió Gary.

—Todavía, no. Pero no quiere decir...

—No va a hacerlo —dijo Gary, ignorando la protesta de Abby—. Ni ahora ni nunca. Pero no te lo tomes de forma personal, Abby. Max Harding no volverá a aparecer en la televisión. No se atreve. Porque no puede arriesgarse a que le pregunten sobre su vida privada.

Abby se quedó callada.

—¿Qué pasa con su vida privada?

Sus investigadores no habían encontrado casi nada. Sólo su extracción social, datos de su familia... La vida privada de Max era exactamente así, privada.

Claro que tal vez ahora ella formase parte de esa vida privada...

Gary la miró con impaciencia.

—¿No te has preguntado nunca por qué Rory Mayhew eligió el programa de Max para intentar suicidarse?

—Su vida era un descalabro —respondió ella—. Su carrera política estaba arruinada, y no había forma de arreglarla después del escándalo inmobiliario. Ese mismo día lo habían obligado a renunciar a su puesto en el gobierno. También se rumoreaba que su

esposa iba a dejarlo por una aventura que tenía...

—Sí —dijo Gary con un tono sospechoso.

Abby lo miró. Estaba cansada. No había dormido bien, y estaba enfadada por la forma en que se había marchado Max. ¿A cuántas mujeres más le habría dicho «te llamaré más tarde» y no las habría vuelto a llamar?, se preguntó Abby.

Abby agitó la cabeza.

—No sé qué tiene que ver todo eso con Max... —dijo.

—¿No? —Gary la miró con pena—. Eso depende de cuál de los dos miembros de la pareja Mayhew tenía una aventura, ¿no crees? Y con quién...

Abby lo miró sin pestañear durante unos segundos hasta que se dio cuenta de lo que quería decir.

¡No podía creerlo!

La vida profesional de Rory Mayhew había acabado después del escándalo de corrupción de su gobierno. Los sobornos y tratos que había hecho y los rumores de que su vida privada estaba a punto de colapsarse habían sido suficientes para que cualquier hombre pensara en suicidarse.

Algo que había conseguido la segunda vez que lo había intentado...

El político había estado controlado médicamente después de lo sucedido en el programa de Max Harding, pero al parecer, había representado muy bien el papel de estar curado, porque dos días después de que le hubieran suspendido el tratamiento se había dirigido a un sórdido hotel y se había tomado un frasco de pastillas con whisky.

No había habido otro Max Harding para impedírselo aquella vez.

Pero ahora Gary estaba insinuando algo diferente relacionado con aquel incidente. Algo totalmente increíble.

Abby agitó la cabeza, negándolo.

—Rory Mayhew era el que tenía una aventura... —dijo.

—¿Sí? —sonrió Gary—. ¿Y no crees que eso es algo que pudo ganar credibilidad después de la muerte de Rory? Después de todo, su reputación ya estaba totalmente dañada. ¿Y qué dice el refrán...? «Hay que proteger a los vivos...».

¿Quería decir que era la mujer de Rory Mayhew quien tenía una aventura? ¿Y que el hombre era Max?

—Si no me crees, allá tú, Abby.

—¡No te creo! —dijo con más determinación que convicción.

¡Porque no lo sabía!

De aquella historia hacía dos años. Ella había estado muy ocupada tratando de hacerse un sitio en su profesión... Había visto el programa, y se había quedado impresionada como todo el mundo, y había leído los detalles del asunto en los periódicos, pero sólo había sabido lo que la prensa había querido publicar. Realmente no sabía qué había pasado.

—¿No, Abby? —dijo Gary al notar sus dudas—. Ella estaba en su vida entonces, y sigue en su vida todavía.

—¿Quién es? —preguntó Abby sin mirarlo.

—Kate Mayhew, por supuesto.

—¿Kate? —preguntó Abby—. ¿Kate Mayhew?

¿Max habría hecho el amor con ella por ese motivo? ¿Porque quería distraerla de su relación con esa mujer?

No, no podía creerlo. Gary estaba retorciendo las cosas. ¡Pero ella se sentía tan vulnerable! ¡Tan insegura de su relación con Max!

Gary la miró especulativamente.

—Debes conocer su nombre, seguramente. Pero no por Max. A él no le gusta hablar de ese tema. Es capaz de hacer cualquier cosa para ocultar que aún sigue involucrado en una relación con esa mujer.

Así que la mujer que había llamado tenía el mismo nombre... Pero eso no era prueba de nada.

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre él? —lo atacó Abby.

—¿No te lo ha contado? Yo era el director de su programa hace dos años. Así que ya ves, Abby, sé exactamente lo que ocurrió. Si algún día decides que quieres saber más, te sugiero que vengas y me preguntes —abrió la puerta—. Max, estoy seguro, jamás te contará a ti, ni a nadie, la verdad acerca de lo que ocurrió —terminó diciendo Gary.

Abby no podía moverse. No podía respirar.

¿Gary había sido el director de Max hacía dos años? ¿Era aquélla la razón por la que se odiaban tanto?

Pero... ¿qué más daba? Lo que ella quería saber, lo que necesitaba saber, era la verdad sobre los Mayhew, si la Kate que había llamado era Kate Mayhew, ¡porque eso cambiaba totalmente la historia!

Pero hasta que lo averiguase, se inclinaba más por creer al hombre que amaba que al malicioso Gary.

Aunque eso no le quitaba el malestar que sentía cada vez que se imaginaba que «Kate», era la viuda de Rory Mayhew...

—¿Quieres que vayamos a cenar esta noche, Abby?

Aquél había sido un día horrible, ¡el peor!

Después de haberse marchado Gary, ella se había pasado todo el tiempo dándole vueltas a la historia de Max y a la posibilidad de que tuviera una relación con Kate Mayhew.

Había vuelto a su casa hacía diez minutos, realmente no estaba preparada para recibir la llamada de Max.

—¿Abby? —repitió Max cuando ella se quedó callada—. Si prefieres no salir, puedo ir a tu casa. Podemos pedir que nos traigan algo a domicilio...

—¡No! —Abby todavía estaba afectada por la conversación con Gary. ¿Qué te parece si llevo algo a tu casa y lo preparamos? —agregó—. Así no tendrás que levantarte y marcharte por la mañana... —no pudo reprimirse ese comentario.

Todavía le hacía daño el recuerdo de su marcha.

Aunque hubiera llamado, como le había prometido.

—Ya ha pasado un rato, ¿no crees, Abby? —comentó él.

—¿Sí?

—¿Abby? —preguntó Max al darse cuenta de que pasaba algo.

¡Cuánto hubiera deseado comportarse de otro modo! ¡Pero se sentía demasiado herida!

—Abby, ¿te ha molestado el modo en que me he marchado esta mañana? Te lo he dicho, soy un poco torpe en estas cosas. No he querido molestarte yéndome de ese modo, pero tenía una cita muy temprano por la mañana.

«¿A las cinco y media de la mañana?», se preguntó Abby.

¡Lo dudaba! ¡A no ser que fuera con la adorable Kate...!

—No estoy molesta, Max —le respondió—. He estado trabajando todo el día. Acabo de llegar, y estoy muy cansada, eso es todo.

—¿Seguro? —le preguntó con tono sensual.

Ella se estremeció al recordar los momentos íntimos con Max.

—Estoy segura —le dijo con firmeza, tratando de olvidar esos momentos—. Oye, dame una hora para ducharme y cambiarme e iré a tu casa con comida.

—Olvídate de la comida. Contigo es suficiente —le dijo Max—. Si tenemos hambre de comida más tarde, podemos pedir que nos envíen algo.

«Más tarde», daba por descontado que estarían ocupados antes, pensó Abby.

Pero ella necesitaba sentirse más segura de él antes de un segundo encuentro.

—No he comido en todo el día, Max... —dijo.

¡Ni se había acordado de comer!

—Tengo que comer algo antes de hacer cualquier cosa —siguió Abby.

Hubo una pausa.

—De acuerdo. Abriré una botella de vino mientras llegas.

Ella no debería ir a verlo con todas esas dudas acerca de él.

Pero la verdad era que quería ver a Max. Y cuando estuviera con él, todas las mentiras de Gary se evaporarían. Estaba segura.

Capítulo 8

—Había empezado a pensar que habías cambiado de parecer… —la saludó Max sensualmente una hora y media más tarde cuando la hizo pasar.

En realidad había cambiado varias veces de parecer. Por un lado quería verlo, y por otro se había preguntado por qué Max había hecho el amor con ella. Si lo había hecho porque la amaba, como ella a él, o por otra causa.

Y necesitaba verlo aunque sólo fuera para averiguarlo.

—¿Sí? —Abby se puso de puntillas para darle un beso en los labios—. La cena —extendió una bolsa y lo miró.

Estaba muy atractivo con aquella camisa de seda negra y esos vaqueros…

¡Oh, Dios! ¡Con sólo mirarlo se le debilitaban las rodillas!

Pero en parte era normal que se sintiera débil con él. Porque Max no le había declarado su amor, y ella se sentía muy vulnerable.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para reunir toda su autoestima y volver a ver a Max. Y le habría gustado haber heredado un poco de talento de su madre para la actuación, para comportarse despreocupadamente y con aire de sofisticación delante de aquella mirada penetrante de Max.

Abby le sonrió.

—¿Llevo la comida a la cocina? —no esperó su respuesta—. He traído filetes, patatas e ingredientes para una ensalada —continuó Abby mientras abría la bolsa, desesperada por hacer algo para ocultar su tensión.

—¿Qué sucede, Abby? Estás… diferente…

Al parecer no había logrado ocultar su estado emocional.

—¿En qué sentido? —preguntó Abby sin darle importancia—. Si te refieres a que parezco un poco tensa, tienes razón. A diferencia de ti, Max, yo no sólo soy un poco torpe en esto, sino que además para mí esto es totalmente nuevo.

—¿Crees que no lo sé? —Max se acercó y la tomó en sus brazos—. ¿Por qué yo, Abby?

Se había dado cuenta de que él era su primer amante. Aquello la incomodaba más todavía.

Ella sonrió, dispuesta a salvar su orgullo.

—¿Y por qué no tú? Siempre he sido un poco tardía para todo, pero algún día tenía que empezar…

Max la miró. Luego agitó la cabeza.

—Si me lo hubieras dicho, habría sido más suave...

Max había sido lo suficientemente suave como para que ella se enamorase de él.

—¿Por qué no me... has dicho que Gary Holmes era el director de tu programa hace dos años? —dijo Abby, cambiando de tema.

Max se quedó petrificado.

—¿Has hablado con Holmes hoy? —preguntó.

—Bueno, por supuesto que he hablado hoy con Gary. Es el director de mi programa...

Tal vez hubiera heredado un poco de talento para la actuación, se dijo.

Ella no quería estar hablando tan civilizadamente con Max. Lo que de verdad quería era ponerse a gritar y exigirle que le dijera exactamente qué pasaba.

Max la soltó y dio un paso atrás.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Ya conoces a Gary... Ha sido tan desagradable como siempre.

—Exactamente, ¿qué te ha dicho, Abby?

Abby torció la boca y respondió:

—Lo de siempre. Siguió con el tema de que no te convencería de ir a mi programa. Pero eso yo ya lo sabía —dijo ella con indiferencia —. Oye, ¿por qué no preparamos la cena? Realmente tengo hambre... —mintió.

Max hizo un esfuerzo por relajar su tensión. Agarró los filetes y empezó a prepararlos.

—Creo que ahora comprendo por qué no estás de buen humor hoy... ¡Gary Holmes solía producir ese mismo efecto en mí!

Abby se dio la vuelta para lavar las patatas y preguntó:

—Todavía no has contestado por qué no me has dicho que Gary Holmes era el director de tu programa.

Max puso cara de disgusto.

—Gary Holmes y el tiempo que trabajé con él son dos temas que procuro no recordar.

No le había aclarado nada.

—Toma... Prueba este vino... Es mi favorito —Max sirvió dos copas de vino—. Olvidémonos de Gary Holmes...

Ella deseó poder hacerlo.

—¿Qué tal fue tu entrevista de esta mañana? —preguntó Abby cuando estaban sentados para empezar a comer.

Max había preparado la mesa en el comedor, antes de que ella hubiera llegado, con cubertería de plata y velas. Muy romántico.

Excepto que Abby no se sentía muy romántica. En realidad lo que sentía era que había sido una estúpida. Y los estúpidos no eran una compañía interesante.

Max no parecía muy contento tampoco. Seguramente había esperado otra cosa de aquella cena.

—No muy bien —respondió Max—. Me he pasado todo el desayuno, dos horas, tratando de convencer a un hombre de que no estoy interesado en escribir mi biografía, y que a los treinta y nueve años, no he vivido más que la mitad de mi vida para hacerlo. Pero estoy seguro de que él seguirá adelante y escribirá una biografía no autorizada.

—¿Una biografía? ¡Eso sería interesante! —dijo ella.

«Muy interesante», pensó.

Max la miró como reprochando su reacción.

—¡Si no estoy interesado en aparecer en un programa de media hora, menos voy a estarlo en un libro sobre mí!

Abby bajó la mirada para ocultar que se sentía herida. Le estaba haciendo saber que no había cambiado nada con respecto a su programa, pero sin discutir con ella...

Era normal que no quisiera aparecer en el programa, ¡porque todavía tenía que proteger a esa mujer llamada Kate!

Y eso le dolía, al margen de lo que le había dicho Gary. Max y ella eran amantes, pero había otra mujer en su vida llamada Kate, de quien se negaba a hablar.

Aquello no habría tranquilizado a ninguna amante, ¿no?

Seguramente lo mantenía oculto porque sería Kate Mayhew, pensó Abby con tristeza.

—Esta noche no va muy bien, ¿verdad? —preguntó Max.

Abby sabía que, si él no se hubiera marchado de aquel modo por la mañana y Gary no le hubiera llenado la cabeza con dudas, todo habría sido diferente. En lugar de estar a la defensiva, en sus palabras y sus actos, se habría comportado como una tonta enamorada. Quizás habría sido más penoso, se dijo. Pero mejor.

Abby lo miró.

—No nos conocemos muy bien todavía. Eso es todo —dijo ella.

Max frunció el ceño.

—Eso no pareció importarnos mucho anoche...

—Tal vez ése sea el problema —comentó Abby—. Nos precipitamos mucho.

—Bueno, es muy tarde para volver atrás —dijo Max, bebiendo su copa de vino y levantándose de la mesa.

Abby frunció el ceño, sorprendida por su enfado.

—No he querido decir que...

—¿No? ¿Qué es lo que quieres de mí, Abby? ¿Qué quieres saber de mí? —la miró con ojos de hielo—. ¿Si viven mis padres? ¿Si tengo hermanos? ¿Que intercambiemos nombres de antiguas relaciones?

Esto último sería interesante. ¡Pero estaba segura de que él no incluiría a Kate en la lista!

—Tengo algunos datos de tu familia por la investigación que hemos hecho para el programa. En cuanto a intercambiar nombres... ¿No sería un poco aburrido para ti, teniendo en cuenta que no tengo ningún antiguo amante?

—Al contrario de lo que imaginas, ¡yo tampoco he tenido tantas!

Abby agitó la cabeza.

—Esto no marcha muy bien, ¿no? Tal vez lo mejor sea que me marche —dijo.

Max dejó de andar por la habitación, y preguntó:

—¿Es eso lo que quieres?

¡Ella no lo sabía!

Si se marchaba, no sabía si volvería a ver a Max.

Él pareció tener las mismas dudas. Dio un paso hacia ella, y le dijo:

—Abby, no quiero pelear contigo.

Ella tragó saliva.

—No...

Max se acercó a ella. Y perdió todas sus defensas cuando él la tomó en brazos...

Pero no las necesitaba.

Cuando estaba en sus brazos, besándolo, sintiendo su cuerpo excitado, no tenía dudas sobre él.

Las dudas llegaron luego, cuando se despertó en la oscuridad de la habitación de Max, después de haber hecho el amor apasionadamente con él.

Se había sentido perdida después del primer beso. Y se habían abandonado a la pasión...

Como si ambos hubieran sabido que estaban tratando de aferrarse a algo tan frágil que podría romperse al exponerse al mundo exterior...

Ciertamente no había habido palabras de amor de ninguna de las dos partes. Sólo largas horas haciendo el amor. Max la había

abrazado mientras se dormían juntos.

Él todavía estaba durmiendo, pensó Abby mientras se giraba en la cama. Era muy temprano por la mañana, y la luz iluminaba su rostro. Parecía más joven, menos estresado. El cabello le caía sobre la frente.

¡Dios, cómo lo amaba!

Era suficiente para saber que era ella quien se tenía que marchar aquella vez. Que si se quedaba, diría algo o haría algo de lo que luego se arrepentiría. Si Max quería tomarse aquello con calma, y dejar que el tiempo y la familiaridad decidieran si tenían un futuro juntos, ella tendría que aceptarlo.

Se levantó silenciosamente de la cama. Recogió su ropa y se fue al cuarto de baño que había en la habitación.

Max todavía estaba dormido cuando ella volvió de ducharse. Lo miró una última vez antes de marcharse de su apartamento.

Estaba demasiado inquieta como para volver a su piso, así que fue a la oficina. Había algo que tenía que hacer antes de volver a ver a Max.

El hombre de seguridad la saludó normalmente, como si no le extrañase que fuera a trabajar tan temprano. ¡Era la ventaja de ser la presentadora de un programa semanal!

El día anterior, después de las insinuaciones de Gary Holmes, en un impulso, había buscado en los archivos y había sacado una copia del programa de Max de hacía dos años. Y luego había decidido que no quería verlo.

¿Porque confirmaría lo que había dicho Gary?

Tal vez. Pero aquella mañana, como estaba sola en el edificio y no había riesgo de que la interrumpiesen, sobre todo el sarcástico Gary, parecía el momento ideal para verlo.

Como se había imaginado, era angustioso ver a Rory Mayhew tan desesperado.

Aquel sentimiento fue el que la dominó las dos primeras veces que vio la grabación. Pero la tercera vez se concentró en otros aspectos. En las respuestas de Max a las incoherencias que decía Rory, aparentemente bajo los efectos del alcohol.

Max, evidentemente, había intentado dirigir la conversación bajo una gran provocación. Había intentado controlar las cosas. Pero cuando Rory Mayhew había sacado un viejo revólver que parecía de la Segunda Guerra Mundial y había empezado a moverlo erráticamente, había quedado claro que con Rory no se podía hablar.

Rory tenía voz de borracho. Había empezado a divagar hablando de las cosas de las que se lo había acusado, los errores que había cometido, comentando que le habían costado su carrera, el respeto de sus compañeros y amigos… Y había comentado su miedo a perder a su esposa e hijos. Pero en ningún momento había acusado a Max de estar involucrado en su caída.

Las insinuaciones de Gary no eran más que eso. Y más aún. Las había hecho deliberadamente para fastidiar la relación entre Max y ella.

No tendría que haber esperado tanto para ver aquella cinta. De todos modos, eso no borraba sus dudas acerca de aquella mujer llamada Kate. Pero le hacía sospechar que ella y Kate Mayhew no eran la misma persona.

¡Maldita sea! Había sido injusta con Max anoche, y aquella mañana se había marchado sin decirle nada. ¿Qué iba a pensar él de ella?

Eran sólo las nueve y media en aquel momento, se dijo, después de mirar su reloj. La gente empezaba a llegar a la oficina. Estaba a tiempo todavía de volver al piso de Max. Tal vez con café y bollos para el desayuno…

No podía dejar las cosas así entre ellos.

Era un día de sol. Abby caminó en dirección al apartamento de Max. Los pájaros estaban cantando. El café y los bollos olían deliciosamente, y la perspectiva de volver a ver a Max la hacía sonreír.

Pero el color se le borró de la cara cuando dobló la esquina y vio a Max de pie en el acera, hablando con una mujer que estaba a punto de meterse en un coche aparcado allí. Porque la mujer, sin lugar a dudas, ¡era Kate Mayhew!

Ella la reconoció por las fotos que había visto.

Se quedó sin respiración cuando vio a Kate Mayhew abrazar a Max antes de entrar en el coche y marcharse. Max se quedó sonriendo mientras la observaba alejarse.

Abby no dudó. Tiró el café y los bollos en una papelera, se dio la vuelta y se marchó corriendo, mientras lloraba amargamente.

Ahora estaba claro que Kate era Kate Mayhew. Y por la tierna escena que había presenciado, la mujer seguía formando parte de su vida.

—¿Por qué estás aquí, Max? —le preguntó Abby, aún afectada por la escena que había presenciado.

Después de su brusca marcha, ella había esperado todo el día una llamada de Max, y se había preparado para recibirla. Pero no había estado preparada para que él fuera a su piso aquella noche.

Pero Max no sabía que ella lo había visto con Kate, así que tal vez fuera una reacción normal de su parte.

—Me ha sorprendido un poco despertarme esta mañana y no encontrarte... —le dijo él con el ceño fruncido.

¡Se habría sorprendido más si hubiera aparecido Kate cuando ella todavía estaba allí!, pensó Abby.

Abby se encogió de hombros.

—Me dio la impresión de que eso era lo que se hacía.

—Yo me disculpé por haberlo hecho ayer por la mañana.

—Y yo acepté tus disculpas...

—Pero... —Max se interrumpió al oír sonar su móvil. Puso cara de irritación al ver quién lo llamaba—. Si me perdonas, tengo que contestar esta llamada —agregó antes de ir a hablar a la cocina.

Su comportamiento fue como un bofetón.

La que llamaba era Kate, imaginó Abby inmediatamente.

Luego pensó que Max tendría muchos familiares y amigos que podrían llamarlo a las ocho y media de la noche. Se estaba volviendo paranoica.

Todavía no sabía lo que iba a hacer con su relación con él. Al parecer, Max quería continuarla. Pero ella sabía que no podía hacerlo en aquellas circunstancias.

Necesitaba saber por qué Max había hecho el amor con ella. ¿Lo había hecho la primera vez para que no siguieran hablando de la mujer llamada Kate? ¿Y la segunda vez para que Abby no siguiera haciendo preguntas sobre Gary Holmes?

Ella siempre había apostado por la sinceridad. Podía preguntarle directamente a Max acerca de Kate Mayhew, contándole la escena que había visto aquella mañana. Pero cada vez que había querido hablar de aquella mujer, él le había dicho que no quería hacerlo.

—Tengo que marcharme, Abby —Max volvió con expresión sombría—. Ha sucedido algo —se pasó una mano por el pelo—. No te lo puedo explicar ahora, pero... —agitó la cabeza—. Tengo que irme.

—De acuerdo —respondió ella, evitando mirarlo.

—¿Abby? —Max le agarró el brazo cuando ella se apartó. Levantó su barbilla y la obligó a mirarlo.

¡Estaba tan guapo!, pensó Abby. ¡Y lo amaba tanto!

Pero probablemente se iría con otra mujer...

—No es lo que piensas, Abby. ¡Maldita sea! ¡No sé lo que piensas! —agitó la cabeza impacientemente—. Así es mi vida… Así… Recibo una llamada y…

—Y tienes que marcharte —siguió ella.

—¡Maldita sea, sí! ¡Tengo que irme! —se alejó de ella—. Tú llevas un tiempo trabajando en televisión, Abby. Deberías saber que es así… Mi vida ha sido así durante los últimos dos años en que me he dedicado a los reportajes políticos. Mi escenario es ahora el escenario del mundo, y cuando sucede algo de naturaleza política, tengo que ir adonde ocurre. Da igual mi vida privada —agregó.

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Quieres decir que esa llamada era de trabajo?

—Por supuesto que era de trabajo. ¿Qué otra cosa…? —Max se calló—. Has estado distinta en los últimos dos días, Abby. Y estoy seguro de que ese cambio tiene algo que ver con Gary Holmes. Lamentablemente no tengo tiempo de que hablemos en este momento —miró su reloj—. Me está esperando un transporte, y realmente tengo…

—… que irme —agregó ella, incapaz de ocultar la tristeza en su voz.

—Abby, cuando vuelva, tenemos que hablar —Max se acercó a ella y le agarró la cara con ambas manos—. Lo único que te pido mientras tanto es que no escuches lo que te diga Gary Holmes sobre mí —tensó la boca—. Debí ocuparme de él hace mucho tiempo. Ahora me doy cuenta. Pero esta vez no me dejará otra opción. ¿Puedes confiar en mí de momento, Abby? —la miró a los ojos.

¿Cómo podía confiar en él si lo había visto con Kate Mayhew?

No confiaba en él, pero seguía amándolo.

Jamás se había sentido tan desgraciada.

—Te llamaré en cuanto pueda —le prometió Max antes de besarla apasionadamente.

Ella no entendía nada. ¿Cómo podía Max besarla de aquel modo, estar con ella así, si realmente estaba con otra mujer?

Una mujer a la que iba a ver ahora mismo…

Abby se separó de él, y le recordó:

—Tienes que marcharte, Max.

Max suspiró.

—Me gustaría que no tuviera que ser así…

A ella también.

Pero tal vez fuera mejor así. Así podría volver a su vida normal y segura, sin sentirse expuesta a una relación triangular que le haría

daño.

Al día siguiente, mientras comía viendo la televisión, apareció una noticia de un ataque terrorista a un líder de un país de Oriente Medio. Lo habían hecho rehén y amenazaban con derrumbar el ya inestable gobierno.

Abby deseó que Max y ella no se hubieran despedido tan fríamente.

Max Harding era quien ponía la voz en la noticia. No podía cubrir el acontecimiento personalmente debido a los disturbios en el país, comentó. Informó de que los terroristas no habían pedido ningún rescate por el rehén secuestrado y que el país estaba en absoluto desorden. Los ciudadanos temían nuevas acciones, posiblemente represalias militares, que llevarían a una guerra en un país asolado ya por la muerte y la destrucción.

Capítulo 9

—Tienes un aspecto horrible, querida —dijo Dorothy, sentándose frente a Abby en el jardín de invierno de su casa.

Abby sonrió. A pesar de que había tratado de disimular su aspecto con maquillaje, sabía que su madrina tenía razón.

La última semana había sido la peor de su vida. Se la había pasado mirando las noticias sólo para oír la voz de Max.

Pero no había sabido nada de él directamente.

Su preocupación por su relación con Kate Mayhew había pasado a un segundo plano con la preocupación de que Max pudiera sufrir algún daño.

De hecho, la invitación de su madrina aquella mañana había sido una forma de distraerla de aquellas preocupaciones. Pero la actitud de Dorothy la hizo dudar, porque no la veía tranquila.

—Dorothy, ¿ocurre algo?

—Bueno, sí, cariño. Me temo que sí —su tía suspiró aliviada al ver que Abby sacaba el tema—. Paul ha pensado que sería mejor que la noticia te la diera yo.

—Dorothy, me estás empezando a dar miedo —Abby se puso de pie—. ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Max? ¿Le ha sucedido algo a Max? ¿Qué...?

—Abby, cálmate —le dijo Dorothy—. No está muerto, si eso es lo que te preocupa.

Por supuesto que eso era lo que le preocupaba. El país en el que se encontraba tenía una inestabilidad política extrema, y los enfrentamientos entre los terroristas y el ejército habían aumentado en los dos últimos días. Los reportajes de Max habían desaparecido. De hecho, llegaba muy poca información de aquel país en aquel momento.

—Siéntate, Abby, por favor —le dijo Dorothy—. Respira hondo... Bebe un poco... —le dio un vaso de agua—. Y te contaré lo poco que sabemos.

—¡Oh, Dios! —exclamó Abby, agarrando el vaso.

—Te he dicho que Max se encuentra bien, Abby —insistió su madrina—. Ha podido enviar un mensaje a través de la televisión de allí, que luego transmitieron a la red de televisión inglesa, y éstos se lo transmitieron a Paul. Él me lo ha dicho a mí, pensando que sería mejor que te lo dijera yo —respiró profundamente—. Aparentemente, Max y su cámara fueron atrapados en un tiroteo hace dos días. No resultó herido... —le aclaró rápidamente—. Pero

los terroristas, probablemente deseando notoriedad mundial, los han hecho prisioneros hace dos días...

—¿Hace dos días? Pero... No han dicho nada en las noticias...

—Lo dirán. Por eso he querido comunicártelo antes de que te enteres por la televisión. Después de matar al líder del país, los terroristas se dieron cuenta de que se habían quedado sin un arma para negociar. Y debieron pensar que unos periodistas extranjeros les servirían para recuperar poder. Habrá un boletín más tarde, en el que harán públicas sus demandas.

Abby se sintió mareada. No podía creer que aquello estuviera sucediendo. Sabía que aquello no podía terminar bien.

Max le había dicho que tenían que hablar cuando él volviera. Pero ¿y si no volvía?

—Bebe agua, Abby —le dijo Dorothy.

Ella bebió.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Lo que quieren todos. Libertad en su país, la liberación de los presos políticos... Pero eso no ocurrirá nunca, por supuesto. Los militares volverán a tomar el control, y pondrán a uno de sus líderes, y todo volverá a empezar.

Abby se mojó los labios.

—¿Y Max?

Dorothy suspiró.

—Como te he dicho, es uno de los rehenes que han tomado para negociar.

Pero el mundo occidental no negociaba con los terroristas...

Ella tragó saliva. Siempre había sentido compasión por las familias de los rehenes en situaciones similares, pero siempre lo había hecho de una forma distanciada... Jamás había pensado que le sucedería a ella con el hombre al que amaba.

—Abby, Max ha querido transmitirte el mensaje especialmente a ti —Dorothy se agachó al lado de Abby y le agarró una mano.

Abby la miró.

—¿Sí?

—Sí —respondió Dorothy, y le apretó la mano.

—Yo... Pero... ¿Y Kate?

—¿Kate? —su madrina pareció confundida—. No sé nada de nadie con ese nombre. El mensaje de que está bien era para ti sola.

Él estaba bien de momento. Hasta que quedara claro que las exigencias de los terroristas no serían cumplidas. Entonces... empezarán la matanza.

¡Oh, Dios!

Los malentendidos entre ellos ahora le parecían sin importancia. Sólo le importaba Max y su seguridad.

Y Kate Mayhew.

Porque, por más que odiara el papel de aquella mujer en la vida de Max, no podía dejar que ésta se enterase por la televisión del secuestro de Max. Sería demasiado cruel después de lo que había pasado aquella mujer.

Alguien tenía que ir a decirle a Kate lo que había sucedido.

Y esa persona tendría que ser ella.

—¡Cuánto lo siento! —dijo la mujer. Abby y Kate Mayhew estaban sentadas en el salón de la casa de ésta.

—Mi ama de llaves me ha dicho que su nombre es Annie Freeman, ¿verdad?

—Abby —la corrigió automáticamente, no muy convencida de haber hecho lo correcto, ahora que estaba allí.

Había sido algo instintivo, quizás. El querer compartir con alguien la preocupación por Max, ¿el amor, quizás?

Pero ahora, sentada allí en aquel salón, rodeada de fotos familiares de Rory Mayhew, tenía serias dudas.

El hecho de que Kate Mayhew fuera tan hermosa tampoco la animaba. Siempre le había parecido bella. Pero ahora que no tenía la presión de ser la esposa de un político, se la veía más hermosa aún, más libre y joven.

—Abby —dijo la mujer—. ¿No quiere sentarse?

—Estoy bien, gracias —Abby agitó la cabeza.

No quería estar mucho tiempo allí.

—Creo que hablamos por teléfono la semana pasada. .. —agregó Abby.

La mujer pareció darse cuenta de quién era y se puso a la defensiva durante un segundo. Luego volvió a su compostura, disimulando cualquier efecto sobre ella.

¡Era tan hermosa!

Tenía que salir de allí.

—¿Sí? —Kate Mayhew agitó la cabeza—. Lo siento. El ama de llaves me ha dicho que había venido por un asunto del colegio de mi hijo...

Fue la primera excusa que se le había ocurrido a Abby, puesto que sabía que la mujer no iba a dejar pasar a nadie relacionado con los medios de comunicación.

—He mentido —le dijo—. Soy amiga de Max Harding...

—¿De quién? —preguntó Kate Mayhew, confundida.

—¡Oh, por favor! —Abby no tenía ganas de juegos—. Aun suponiendo que no hubieran seguido siendo amigos, no creo que se haya olvidado de la aparición de su esposo en el programa de Max poco antes de su muerte...

—¡Creo que es mejor que se marche! —exclamó la mujer. Se había puesto pálida—. Abby Freeman... —repitió—. Ahora me doy cuenta de quién es usted. Y puede estar segura de que no hablaré con ningún periodista...

—¡No soy una periodista! —Abby estaba enfadada—. He pensado, pero me he equivocado, que querría saber, al margen de lo que pueda oír hoy en las noticias, que Max se encuentra bien.

La mujer se puso más pálida.

—No sé de qué está hablando.

—Lo sabrá. Hoy, más tarde —le advirtió Abby.

La mujer abrió los ojos, sorprendida.

—¿Me está amenazando? Se mete en mi casa con mentiras, habla de gente que ni siquiera conozco...

—¡No sea ridícula! —Abby estaba perdiendo la paciencia—. He venido aquí con la sola intención de que supiera que Max está a salvo. Pero como no lo conoce, no le importa, ¿no? —exclamó, afectada—. ¡Tampoco le importará si dentro de un par de días le pegan un tiro y lo matan! —se dio la vuelta y salió del salón, y de la casa.

—¿Qué diablos has hecho? —gritó Max, furioso.

Abby lo miró. Había aparecido en su apartamento hecho una furia.

Había tardado tres semanas en volver a verlo. Dos de esas semanas se las había pasado aterrada, temiendo por su vida.

El gobierno británico había intentado todo tipo de gestiones diplomáticas para que soltaran a los periodistas sin ceder a las exigencias de los terroristas. Y finalmente, el día anterior, los militares habían vencido a los terroristas y habían colocado en el poder a un líder que simpatizaba con el mundo occidental. Inmediatamente habían liberado a todos los rehenes, ¡vivos, afortunadamente, y a Max entre ellos!

Abby había llorado al enterarse y luego había reído de alegría. Los últimos doce días habían sido un infierno...

Su aspecto no era el mejor del mundo en aquel momento. Había

tratado de mejorarlo, pero no había podido disimular las ojeras por la falta de sueño, ni su cara demacrada, por la falta de apetito.

Max tampoco tenía buen aspecto. Estaba muy pálido, y mucho más delgado. Necesitaba un corte de pelo...

¡Pero a Abby nunca le había parecido más guapo!

Después de haber esperado ansiosa su llegada a su apartamento, después de saber que había vuelto sano a Inglaterra, su llamada desde el avión había sido muy breve, no había pensado que sus primeras palabras fueran un ataque contra ella.

No comprendía. No había esperado que le llevara flores y declaraciones de amor, le parecía que ése no era el estilo de Max, pero tampoco había esperado aquella explosión de ira y de reproche.

—Abby... Te he preguntado...

—Te he oído —dijo ella—. Te he oído. ¡Sólo que no te comprendo! —exclamó, afectada emocional—mente—. ¿Qué ha pasado entre tu llamada desde el avión, en la que me has dicho que no veías la hora de verme, y ese «¿Qué diablos has hecho?» —Abby agitó la cabeza y dejó escapar unas lágrimas—. No tiene sentido... —se interrumpió. Lo miró y comprendió—. ¡Has hablado con Kate Mayhew!

Hacía unas horas que había llegado al país. Había tenido que recibir a los periodistas y las cámaras que estaban esperando a los rehenes para darles la bienvenida. Y había tenido que dar una conferencia de prensa... Y ella había empezado a sospechar que Max habría intentado ponerse en contacto con Kate Mayhew.

Abby se sentó bruscamente. Sus emociones estaban hechas un tumulto. Había querido pensar que la preocupación de Max por ella durante su retención quería decir algo, que él sentía algo por ella. El hecho de que Max hubiera sentido esa misma preocupación por Kate Mayhew, y que hubiera hablado con ella, borraba aquella esperanza de su corazón.

—Por supuesto que he hablado con Kate —contestó Max—. No tienes ningún derecho a hacer lo que has hecho...

—¡Tenía todo el derecho del mundo a hacerlo, maldita sea! —ella se puso de pie y lo miró. Su corazón se rompió al ver lo diferente que era aquella reconciliación de la que ella había imaginado.

—Te habían hecho rehén, y vosotros sois... evidentemente, amigos. Creí que lo menos que podía hacer era ir a decirle que estabas bien, para que las noticias no fueran un *shock* para ella...

Max tenía las manos en los bolsillos. Tenía mala cara. Pero no

obstante, al mirarlo, a Abby se le aflojaron las piernas. Ella quería echarse en sus brazos, sentir su fuerza… simplemente para saber que él estaba allí de verdad…

Max se pasó una mano por los ojos.

—¿Lo has hecho sólo por eso? ¿O querías aprovecharte de un momento de debilidad de Kate cuando ella…?

—¡Para, Max! —lo interrumpió—. ¿Tienes idea de lo que me ha costado ir a verla? —respiró profundamente—. Nosotros éramos amantes, y antes de marcharte me pediste que confiara en ti. He ido a tranquilizar a Kate como un gesto de esa confianza que me habías pedido. Pero, evidentemente, ¡estaba equivocada! —se apartó de Max—. Creo que es mejor que te marches, Max…

Aquello era intolerable. Aquellos días habían sido un infierno para ella. No había sabido siquiera si volvería a verlo. Había deseado aunque sólo fuera verlo una vez más para decirle cuánto lo amaba…

Y ahora lo que quería era que Max se marchase, que volviera con Kate Mayhew… No quería ser parte de su sórdido triángulo…

—Abby…

—Vete con ella, Max —se dio la vuelta para mirarlo—. ¡No quiero saber nada de tu relación con Kate Mayhew!

—Kate y yo no somos amantes… —dijo él.

—¿No? Te sugiero que hables con ella sobre ese tema, Max… ¡Porque yo no quiero escucharte!

Max la miró.

—Tienes muy mal aspecto, Abby.

—¡Muy diplomático, como siempre! —exclamó ella—. ¡Por supuesto que tengo un aspecto horrible! ¡Estaba terriblemente preocupada por ti! ¡No he podido ni dormir ni comer! —Abby agitó la cabeza—. ¡Qué pérdida de tiempo!

Max frunció el ceño.

—He oído que tus últimos programas han sido un éxito…

Lo habían sido. Y ella sabía que se había debido a su preocupación por Max. Le había dado una madurez y una seriedad nuevas. Había cambiado por completo a esa «jovencita brillante» de la que había hablado Max en su primer encuentro, transformándose en una mujer más fuerte y decidida con sus invitados.

Se sorprendía de que Max supiera lo de su éxito, habiendo llegado hacía escasas horas al país.

—Sí, lo han sido —respondió Abby.

—¿No has tenido más problemas con Gary Holmes? —preguntó

Max.

No más de los habituales, pensó ella. Seguían sin gustarse. Y Abby no confiaba en aquel hombre. Pero como Max había salido de la escena, la relación se había suavizado un poco.

—No.

Ella deseaba que Max se marchase cuanto antes. Necesitaba llorar. Y no quería hacerlo delante de él.

—Me alegro. Yo... Hola, chico —saludó a Monty cuando el gato fue hacia él y se frotó contra sus piernas.

Abby observó a Max agacharse y acariciar al gato. A pesar de todo, cuánto se alegraba de ver a Max allí, vivo y sano.

Su encuentro no había resultado como ella había esperado, pero el solo hecho de que Max hubiera vuelto, sano, era más que suficiente. Que hubiera vuelto para estar con otra mujer era algo que tendría que digerir.

¿Desde cuándo se había vuelto tan desinteresada?

La respuesta era que no lo era. Incluso en aquel momento deseaba abrazarlo, sentir su cuerpo fuerte, su fuerza masculina dentro de ella, para estar segura de que estaba sano y salvo. Sentía ganas de tocarlo, de besarlo, de abandonarse sabiendo que él estaba allí.

Pero sabía que no haría nada de eso. Ella tenía su orgullo... Pero... ¿adonde la llevaría el orgullo cuando Max se fuera?

Era a ella a quien Max había enviado un mensaje... Y había ido a verla a ella cuando había estado en libertad para hacerlo.

Pero sólo para proteger a otra mujer...

Abby agarró a Monty y lo puso en su regazo, defensivamente. Max se irguió.

—Realmente creo que es mejor que te marches, Max —le dijo Abby sensualmente.

Él se acercó más, luego se quedó inmóvil.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Max agitó la cabeza impacientemente.

—Oye, Abby. Aunque quiera, no puedo explicarte lo de Kate. No sin...

—¡No quiero que me expliques lo de Kate! —lo interrumpió.

—¿Entonces quieres que me marche?

Abby apretó más a Monty.

—Sí —respondió ella.

Max la miró unos segundos. Luego asintió con la cabeza.

—Como quieras —dijo—. De todos modos, probablemente esto fuera un error —se dio la vuelta y se marchó.

Pero no habría sido un error... Si él no la hubiera engañado con la relación con Kate Mayhew... Si Max la hubiera amado como ella a él...

Pero era imposible que Max se enamorase de ella.

—Quiero que sepas que Max no sabe que estoy aquí.

Abby, pasmada, miró a Kate Mayhew. Todavía no podía creer que la hubiera estado esperando a la salida del estudio el jueves por la tarde.

Habían sido dos días muy raros. Sólo la concentración en su trabajo la había distraído del dolor de su corazón al haber descubierto que a Max le importaba más lo que pensara Kate Mayhew sobre su visita que la angustia por la que había pasado ella.

Lo último que había esperado era verla allí sugiriéndole tomar un café en Luigi's.

Y lo que menos le hacía falta.

—¿Qué Max? —le preguntó Abby a la mujer.

—Me lo merezco —dijo la mujer—. Fui muy poco sincera hace dos semanas contigo.

Abby ya lo sabía. No le hacía falta que viniera a decírselo. Pero no quiso hacer una escena rechazando su invitación a tomar un café.

Los cafés se fueron enfriando mientras las dos mujeres hablaban.

—Da igual... —dijo Abby.

—No, no da igual —le dijo Kate Mayhew con determinación—. Yo... Al principio creí que Max estaba diferente por lo que le había sucedido —Kate Mayhew se estremeció—. ¡Debe haber sido horrible para él no saber si saldría de aquello con vida!

Abby había sufrido cada minuto de aquella incertidumbre. Todo para que él volviera y la prefiriese a ella.

—Max Harding no se asusta fácilmente —dijo Abby.

La mujer la miró. Estaba más guapa que nunca con aquel pelo pelirrojo suelto, aquellos ojos marrones y su traje negro... Muy femenina, a pesar de todo...

Al lado de ella, Abby se sentía un desastre.

—Estás enamorada de él —murmuró Kate Mayhew.

—¡No es así! —se rió Abby, tratando de disimular cuánto le había afectado su comentario.

—¡Oh, sí! —asintió la mujer—. ¿Él también está enamorado de ti?

—Eso es muy dudoso, ¿no crees?
Kate sonrió.
—Nunca se sabe con Max.
Abby se encogió de hombros.
La mujer se irguió.
—No quiere hablar de ti, por supuesto…
—Por supuesto…
¡Tampoco quería hablar de Kate Mayhew con ella!, pensó Abby.
—El hecho de que Max y yo hayamos sido… amigos, no le concierne a nadie, excepto a nosotros dos.
—Max ha estado diferente desde que ha vuelto.
—Ya lo has dicho… Pero si Max y tú tenéis problemas, es con él con quien deberías hablar. No conmigo.
—No —dijo Kate firmemente—. Max es muy protector conmigo. Hasta el punto de no querer decir nada ni hacer nada que pueda disgustarme.
—¡Qué considerado!
No solía ser sarcástica, pero no sabía muy bien cómo manejar aquella situación.
—Mira, Kate —empezó a decir—. Si has venido aquí a advertirme de que me aleje de Max, te advierto que llegas tarde. ¡Ya ni nos hablamos! La verdad es que Max y yo hemos tenido una… amistad. Pero ha sido un error para ambos. Algo que surgió en un momento, y que desapareció tan rápidamente como apareció. Lamento si esto te hace daño, pero puedo asegurarte que ha terminado…
La mujer suspiró.
—No he venido aquí con la intención de hacerte daño, Abby…
—Ya te he dicho que no me importa lo que hagáis Max y tú. No es asunto mío. ¡No hay nada entre Max y yo!
Estaba enfadada con aquella mujer, consigo misma y con Max por ponerla en aquella situación.
—Max no está tan alegre como suele ser, Abby…
—Jamás he visto alegre a Max, ¡así que no me daría cuenta de la diferencia!
Lo había visto arrogante, burlón, enfadado… ¡Pero nunca alegre!
Pero también lo había visto relajado y encantador, se dijo. Y protector con ella frente a Gary Holmes, amable con el exigente Monty…
Y tan ardiente con ella que parecía que iban a provocar un incendio.

La mujer agitó la cabeza.

—Cometí un error hace dos años, Abby…

—¡No lo quiero saber! —exclamó Abby—. No sé si piensas contarle a Max este encuentro, pero mi consejo es que… no lo hagas. ¡Suele malinterpretar todo lo relacionado conmigo!

Ya tenía bastante con aquel encuentro, como para tener que aguantar que Max fuera furioso a su apartamento.

Kate la miró.

—Por supuesto que le diré que hemos hablado. No tenemos secretos…

¡Eso le dolió más que nada!

Kate suspiró, y agregó:

—Realmente no he venido a hacerte daño…

—No me lo has hecho —le aseguró Abby—. Adiós, Kate. No creo que volvamos a vernos —se dio la vuelta y se marchó.

No tenía idea de adonde había ido aquel día después de aquello. Había deambulado sin rumbo, completamente absorta en su humillación.

Su único consuelo era que Max no podía culparla por lo que había sucedido. Al menos, no debería hacerlo. Pero eso no quería decir que no lo hiciera. Porque parecía hacerla responsable de todo.

El teléfono estaba sonando cuando entró en su apartamento. Dejó el bolso y fue hacia el aparato. Tenía que ser Max, con más acusaciones. Bueno, no estaba de humor para aguantarlas. Deseó no haber conocido a aquel hombre…

Intentó no hacer caso al teléfono y se dirigió al cuarto de baño, dispuesta a sumergirse en la bañera para relajarse. Era el lugar donde buscaba refugio habitualmente cuando estaba con problemas o estresada.

El baño no le hizo efecto aquella vez. Sus emociones eran demasiado fuertes para relajarse. Parte de ella tenía ganas de llamar a Max para decirle que le quitase a su novia de encima, y la otra, quería poner más distancia entre ellos de la que ya había.

El teléfono sonó dos veces más mientras estaba en la bañera, lo que la puso más nerviosa.

Después se dio cuenta de que Max no sabía su número de teléfono fijo. No se lo había dado nunca. No estaba en la guía. Y las pocas veces que la había llamado había sido a su móvil. Claro que podría habérselo pedido a Dorothy. Pero lo dudaba…

Salió de la bañera dejando un reguero de agua a su camino y corrió a contestar.

—¿Dónde diablos estabas? —le preguntó Gary Holmes—. Llevo una hora llamándote…

—¿Qué quieres, Gary?

Se sentó en un sofá. Creía que le había dejado claro a Gary que no quería que invadiera su intimidad.

Su relación profesional seguía igual. Ella había intentado no hacer caso de los comentarios molestos de Gary, y en los últimos dos días no le había contestado cuando éste le había preguntado si Max iría a su programa.

—Lo que quiero es que vuelvas aquí ahora —le dijo Gary impacientemente—. Hemos cambiado el invitado de mañana por la noche, ¡y tenemos mucho trabajo!

Abby se irguió.

—¿Qué quieres decir con que hemos cambiado de invitado? Está todo listo para que venga Cameron Harper…

—Su entrevista ha sido trasladada a la semana que viene —la interrumpió Gary—. Parece que finalmente lo has conseguido, Abby. Pat me ha llamado hace un par de horas y me ha dicho que Max Harding ha aceptado venir al programa. Mañana por la noche… No para el último programa, como tú querías.

Abby apretó el auricular.

¿Max iba a ir a su programa?

No, la pregunta era: ¿Por qué había aceptado hacerlo?

Capítulo 10

Todavía no comprendo a qué se debe esta reunión —Abby agitó levemente la cabeza, sentada frente a Gary, en la sala de conferencias.

Gary sonrió maliciosamente.

—Es muy sencillo. Tú has practicado la seducción con Max Harding. Él ha caído. Y ahora estamos sentados aquí, esperando que llegue el gran hombre para que nos diga qué va a decir mañana.

Abby no entendía nada. Y menos por qué Max quería reunirse con Pat, Gary y ella a las nueve de la noche. Sería duro volver a ver a Max, y más en presencia de Gary.

—¡Eh! ¡No me culpes a mí! ¡El gran hombre ordena y nosotros obedecemos!

Ella no obedecía. Era su programa. Y nadie le había consultado el cambio de planes.

Se le borró todo de la mente cuando se abrió la puerta y apareció Pat Connelly precedida de Max. La mujer llevaba su habitual camiseta y sus pantalones de chándal, el pelo canoso corto y un poco revuelto. Era una figura algo extraña al lado de Max, que llevaba un elegante traje con una camisa blanca.

Abby miró a Pat, para no mirar a Max.

—Evidentemente, a Max no hace falta presentarlo —dijo Pat con ironía. Era una de las productoras más dinámicas de la televisión del momento.

—No —dijo Gary—. ¿Qué ocurre? Abby iba a entrevistar a Cameron Harper mañana...

—Ya he hablado con Cameron. Y no le importa aparecer en el siguiente programa en lugar de mañana... —dijo Pat.

—¿Qué prisa hay? —la interrumpió Gary—. Abby siempre había pensado poner a Max en el último programa, así que...

—Max ha aceptado aparecer mañana, Gary, no en otro momento —le dijo Pat con dureza—. Y se te olvida que hace poco Max ha sido noticia, lo que nos da ventaja, porque sigue en la mente de la gente.

Abby se dio cuenta de que Max y ella no estaban tomando parte en la conversación. Lo que no le importaba. Prefería escuchar. Pero le extrañaba que Max estuviera callado. ¡Sobre todo cuando él era el objeto de la discusión!

Abby miró en dirección a él y sintió un cosquilleo al ver que la estaba mirando fijamente con sus ojos grises, con una expresión imposible de interpretar.

Luego Max levantó una ceja, como queriendo decirle algo.

¡Seguramente se habría enterado de su encuentro con Kate Mayhew!

Al parecer, Kate había cumplido su promesa de no guardar el secreto.

Bueno, mejor para ellos. Kate también le habría dicho entonces que ella no había organizado ese encuentro.

—Ya está hecho, Gary —estaba diciendo Pat al director cuando Abby volvió a mirarlos—. Así que, déjalo así.

—Creía que éste era mi programa...

—Y los demás teníamos la impresión de que era el programa de Abby —dijo finalmente Max, sin disimular su desprecio por el hombre.

—Lo es —dijo Abby—. Pero yo tampoco comprendo todo esto. Tú has insistido en que no aparecerías en el programa...

—Y he cambiado de opinión —dijo Max.

—¿Y ahora se supone que tenemos que arrodillarnos todos y darle las gracias al magnífico Max Harding? —dijo Abby.

—¡Abby! —exclamó Pat, sorprendida del ataque.

Abby no le hizo caso. Allí pasaban cosas de las que Pat no tenía ni idea. A Abby no le gustaba la sensación de ser simplemente un peón en su juego, que sólo Max pusiera las reglas.

Max la miró con respeto.

—Está bien, Pat —dijo él a Pat sin mirarla—. ¿Quieres decir que no quieres que aparezca en tu programa, Abby?

La tenía en sus manos. Sabía que si rechazaba que fuera aquel día estaría cometiendo un suicidio profesional. Sobre todo si quería que le renovasen el contrato otro año más.

¿Por qué había aceptado Max? Lo único que había cambiado desde que habían hablado del tema era que Kate había hablado con ella.

Claro que no sabía lo que le habría contado la mujer... Por la frialdad de la mirada de Max, se podía pensar que no había sido nada bueno.

—Haz las preguntas... Max ha aceptado contestarlas —dijo Pat.

Abby volvió a prestar atención cuando Pat puso su maletín en la mesa y lo abrió.

—¡Un momento! —exclamó Abby, poniéndose de pie—. ¿Y la lista de preguntas que Max ha aceptado responder? No veo que yo haya participado en su elaboración —miró a Pat—. ¿Sólo soy una pieza de decoración en el programa?

—¿Tienes algún problema con eso? —preguntó Max antes de que Pat pudiera contestar.

Abby le clavó sus ojos azules.

—¡En ese caso no lo haré! —exclamó ella, decidida.

—¿Aunque pierdas una exclusiva? —la desafió.

Si la hubiera conocido mejor, no habría presionado de aquel modo.

—Aun con ese riesgo, sí —dijo ella.

Se miraron un momento.

—Pat —dijo Max sin dejar de mirar a Abby—. ¿Podrías dejarnos a Abby y a mí a solas unos minutos?

Abby se puso tensa ante aquella idea. No quería estar a solas con él. No tenía nada que decirle. Pero ésa no era la idea. ¡Era Max quien tenía que decirle algo! Y no era difícil adivinar qué.

—¿No vas a sentarte, Abby? —la invitó Max un momento más tarde cuando los otros se marcharon, Pat, conforme, Gary, protestando.

¡Por una vez Abby estaba de acuerdo con Gary!

—No me sentaré, gracias —tenía las palmas de las manos húmedas, todo el cuerpo en tensión—. Si se trata de Kate Mayhew...

—Dejemos a Kate fuera de esto.

—¡Eso me gustaría! Pero eso es imposible, ¿no? ¡Porque todo lo que dices y haces empieza y termina con Kate Mayhew! Ella ha venido a verme hoy...

—Lo sé. Me ha dicho que tú te has negado a hablar de nuestra relación.

Bueno, al menos Kate había sido sincera en aquello.

—¡Porque no tenemos una relación! —exclamó ella, alejándose de Max, hacia el otro extremo de la mesa. No quería que su cercanía le impidiera pensar con claridad—. ¿Por qué diablos no hacéis pública vuestra relación, Max? —suspiró—. Han pasado dos años. Los medios de comunicación perdonan esas cosas, y estoy segura de que con tu labia... Puedes arreglar todo esto y hacer que la historia se vea desde un ángulo romántico que todo el mundo aceptaría.

—Estoy seguro de que podría hacerlo. Pero desgraciadamente, ése no ha sido el modo en que ocurrió. No es así.

—¡No te creo!

—No, lo sé —suspiró—. Pero vas a tener que confiar en mí en esto, Abby.

—Confié en ti una vez. ¡No volveré a hacerlo! —lo miró con ojos de fuego.

—No. Ya lo veo. Pero apareceré en tu programa mañana, Abby. Y responderé las preguntas que Pat y yo hemos acordado formular.

—¡Pat no tiene más derecho que yo a elaborarlas!

—No. Lo que sucede es que ella es lo suficientemente profesional como para confiar en mi juicio. Max se acercó a ella y le agarró los brazos. La agitó levemente, enfadado—. ¡Eres la mujer más cabezota que he conocido!

Ella intentó aferrarse a su enfado para no sucumbir a su tacto.

—¿Más cabezota que Kate?

—Ya te he dicho...

—Que dejemos a Kate fuera de esto —dijo Abby—. Tal vez yo me presente al programa mañana, después de todo. Y ahora que lo pienso... ¡Creo que no me lo voy a perder!

—Abby...

—¿Sí?

—No soy tu enemigo, Abby —le advirtió con calidez.

—¿No? —lo miró como desafiándolo.

—No lo soy.

—Tampoco me creo eso.

—Parecemos dos rivales en el boxeo...

—Probablemente porque lo somos. Y te lo advierto... No pienso perder la pelea.

Max la miró un momento, luego la soltó bruscamente.

—Estás cometiendo un error terrible, Abby. No soy tu enemigo en absoluto. Y mañana por la noche, te lo demostraré.

—¡Que comience la batalla! —exclamó ella antes de darse la vuelta y salir de la sala.

—Es todo tuyo —le dijo Abby a Pat al salir.

Porque no era de ella. Y jamás lo sería...

Al día siguiente, por fortuna, no perdió aquel férreo control.

De hecho, era lo que la mantenía en pie.

Eso y su profesionalismo que no iba a permitir que se convirtiera en un instrumento de Max Harding.

Pronto lo vería, se dijo, mirando su reloj.

Estarían en el aire en diez minutos. Pero en los términos que ella quería, no en los de Max.

Había llegado como de costumbre al estudio hacía dos horas. La habían maquillado como siempre.

Pero aquella vez no había conversado con su invitado fuera de las cámaras, para ir rompiendo el hielo y poder aparecer

suficientemente relajados cuando empezaran a emitir.

Sabía que Max estaba en el estudio también. Le habían informado de ello en el momento que había llegado, pero ella no había querido conversar de antemano con su invitado. ¿Para qué? Entre Max y ella jamás habría un ambiente relajado...

—¿Todo listo, Abby? —apareció Gary en la puerta de su habitación.

—Todo bien —dijo Abby.

Sabía que Gary disfrutaba con toda la tensión que aquella situación había generado, pero ella no podía hacer nada.

Abby se había vestido acorde con la ocasión. Llevaba un traje negro y una blusa blanca, el pelo recogido, y el maquillaje, suave.

—Tengo que irme, Gary —le dijo, al recibir la señal de que estarían en el aire en cinco minutos.

—Espero que salgas y te lo comas, Abby —la animó Gary con malicia.

Abby empezó a preocuparse por lo que iba a hacer. Cualquier cosa de la que se alegrase Gary era sospechosa.

¿Era tan evidente lo que pensaba hacer? ¿Se notaba tanto que había elaborado su propia lista de preguntas?

¿Estaba haciendo lo correcto?, se preguntó Abby mientras se colocaba en su sitio en el estudio.

¿Tenía otra alternativa?

No, no la tenía, pensó.

Max tenía sus propios motivos para aparecer en el programa, pero no eran los de ella. Su vida privada podía estar en ruinas, pero la profesional tenía que defenderla. Max estaba jugando con ella, probablemente para seguir protegiendo a Kate Mayhew. Había hecho el amor con ella por la misma razón. Y si bien no quería herir a la otra mujer, no le ocurría lo mismo con Max.

Su decisión se tambaleó al verlo, esperándola para entrar en el set. Se puso pálida.

Max la miró con expresión seria, y le preguntó con desconfianza:

—Abby, ¿qué estás tramando?

¿Cómo lo sabía? ¿Qué sabía?

Había preparado las preguntas en secreto. No era posible que se hubiera enterado. Sólo estaba tratando de adivinar. Como lo había hecho Gary.

Abby agitó la cabeza.

—No sé de qué estás hablando, Max. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme —agregó firmemente cuando la cortina musical de

su programa empezó a sonar.

—¡Abby! —él extendió la mano y le agarró el brazo. La miró fijamente, y le dijo—: ¡Te amo!.

—¿Cómo te atreves? —exclamó ella.

Se le nubló la vista con las lágrimas. ¿Realmente Max pensaba que ella iba creerse una cosa así?

—Te amo —repitió él—. He aceptado venir al programa porque te amo. Pero hay mucho más en juego aquí que tu orgullo o el mío, y si haces lo que sospecho, Abby, ¡no me quedará más alternativa que responder a tu ataque!

Ella se soltó.

—Te espero en el campo de batalla, Max.

Cuando apareció frente a las cámaras, Abby se transformó en una verdadera profesional. Saludó sonriendo al público antes de presentar a su invitado de la noche.

El público del estudio murmuraba, como sabiendo que iba a pasar algo inesperado.

La entrevista empezó exactamente como debía: Abby y Max se sonrieron, se dieron la mano y luego se sentaron. Las primeras cuatro preguntas fueron las planeadas originalmente, relacionadas con el suceso de hacía dos semanas. Y Max se mostró relajado.

Pero la tensión estaba allí, no obstante.

Y cuando Abby llegó a la pregunta quinta de la noche, sintió un cambio en Max. Su determinación volvió a debilitarse, y ella se preguntó si sería buena idea salirse del guión que él había preparado para esa noche.

Daba igual lo que acababa de decirle. ¡No la amaba!

—Dime, una cosa, Abby —dijo Max de pronto—. ¿Qué tal te encuentras presentando tu propio programa?

Lo miró, sorprendida, pero dio la respuesta adecuada.

¿Qué estaba haciendo Max?

—He oído rumores de que vas a hacer otra serie de entrevistas... Debes estar satisfecha del éxito del programa, ¿no?

Estaba intentando tomar las riendas del programa. Eso era lo que estaba haciendo Max, se dijo ella.

Abby se irguió en su silla, tenía las manos entrelazadas fuertemente, y el latido del corazón, acelerado. Entonces decidió salir al campo de batalla.

—No he oído esos rumores, Max. Pero para volver a ti, ésta es la primera entrevista de este tipo que das en dos años, y estoy segura de que todos los que están mirando esta noche recuerdan los hechos

que te llevaron a tomar la decisión de no volver a aparecer en público…

—¡Abby! —le advirtió suavemente, aparentemente relajado, aunque estaba firmemente aferrado a los reposabrazos de la silla.

—Pero pasaron dos años —continuó ella—. Y estoy segura de que todos querrán saber…

—Abby, cariño. Seguro de que no quieres que le diga a todo el mundo… ¡que la única razón por la que he venido al programa es porque no puedo seguir diciéndole que no a la mujer con la que me voy a la cama!

Capítulo 11

—Y entonces fue cuando le pegué, mi querido Monty —concluyó Abby con un sollozo—. ¡Y es por lo que no podré volver a salir en público! No volveré a ver a ninguno de mis amigos. ¡Ni seré capaz de mirar a la cara a mis padres! —exclamó al recordar la humillación—. Estaban viéndolo, Monty, ¡todo! —hundió su cara en sus manos.

¿Cómo había podido hacerle eso Max?

¿Y qué había tenido la intención de hacerle ella a él?, le recordó una vocecita en su interior, haciéndola razonar.

Sí, pero eso era diferente. ¡Él se merecía lo que ella había estado a punto de hacerle!

Además, no había tenido intención de preguntarle nada relacionado con Kate Mayhew. ¡Y encima, él había intentado hacerle creer que la amaba antes de salir al aire! Era Max quien la había humillado. La otra mujer no tenía nada que ver. Él había sido su único objetivo. Pero Max había dado vuelta a la situación y la había hecho a ella su objetivo.

Estaba acabada, tanto personal como profesionalmente.

Y el mundo entero se habría enterado. Quizás huir a Bolivia fuera una buena opción.

¡No contento con haber llamado por teléfono, con tocar el timbre de su casa, alguien se las había ingeniado para llegar hasta la puerta de su apartamento!, pensó Abby al oír que golpeaban la puerta.

Los golpes continuaron. Aunque ella había intentado taparse los oídos, aun a través de dos puertas cerradas se oían los golpes suavizados en la puerta.

Parecía oírse una voz... ¿Era la voz de Max?

No sabía.

Y no quería saberlo.

Se tapó los oídos para no oír. Quienquiera que fuese terminaría por cansarse.

De repente, se abrió violentamente la puerta del cuarto de baño. Abby se quitó las manos de los oídos al ver a Max con cara de loco, mirándola desde el quicio de la puerta.

Pareció aliviado al verla con la boca abierta, mirándolo.

—Gracias, gracias... —dijo agitadamente Max—. Abby...

—¡Vete de aquí! —dijo ella, hundiéndose debajo de las burbujas.

Le daba igual que aquel hombre la hubiera visto desnuda. Eso había sido en un momento en que ella había tenido la esperanza de

que ambos estuvieran enamorados. Ahora era simplemente una violación a su intimidad.

Pero en lugar de marcharse, Max entró en el cuarto de baño.

—Tengo que hablar contigo, Abby...

—Bueno, ¡no vas a hablar conmigo aquí, maldita sea! —exclamó Abby—. Además, yo no necesito hablar contigo. ¡Lo que necesito es que te des la vuelta y te marches! ¡Y que no vuelvas más!

Max se puso pálido.

—Abby, por favor, déjame...

—¡Por favor! —repitió Abby, incrédula, incorporándose un poco. Pero las burbujas tapaban su desnudez—. Esta noche me has humillado, deliberadamente, fríamente, calculadamente... Me has humillado... ¿Y ahora te atreves a decirme «por favor»? —gritó, furiosa—. ¡Lárgate ahora, Max! ¡Y no vuelvas más!

Max agitó la cabeza.

—Sé que tú lo habrás visto de ese modo... Pero, Abby, no he tenido intención de hacerte daño...

—¡Oh! ¿No? —preguntó ella con sarcasmo—. ¡Qué extraño! ¡Porque eso es exactamente lo que has hecho! —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mis padres estaban viendo el programa, Max. ¡Mis padres! —exclamó, horrorizada.

Se imaginó lo que habrían sentido al oír públicamente que su hija se había estado acostando con aquel hombre.

—¡No te acerques más, Max! —le advirtió al ver que lo hacía—. Tú... ¿Qué es eso? —preguntó, mirando una cinta que Max llevaba en la mano.

—El resto del programa.

—¡No me hace falta una copia de ese programa! ¡Lo tengo grabado en el cerebro!

—Te he dicho que es una copia del resto del programa, Abby. Y realmente tienes que verlo.

—¿El resto del programa? —preguntó Abby con desprecio—. No ha habido «resto del programa».

Lo último que recordaba Abby, después de haberse quitado el micrófono y el auricular del oído y haberlos tirado al suelo, eran las instrucciones de Gary de hacer una pausa con anuncios. ¿Instrucciones? ¡Había gritado la orden!

—¡Oh, sí, existe un «resto del programa», Abby! —le aseguró Max—. Ponte algo, que prepararé la cinta para que la veamos.

—¡No harás semejante cosa! —exclamó ella con rabia—. Recoge la cinta y vete de aquí... Por cierto, ¿cómo has entrado aquí? —

preguntó de pronto—. He cerrado con llave...

—Bueno, no me molesté en decirle al portero que era tu cumpleaños... —Max suspiró al recordar el día en que ella se había metido en su piso—. El portero me ha reconocido fácilmente, y cuando le he dicho que no contestabas el teléfono, ni el telefonillo, y que estaba preocupado por ti, no tuvo problema en dejarme pasar con su llave.

—¡Oh, genial! —protestó ella—. ¡Ahora todo el mundo cree que soy un caso de suicidio!

—Yo, no —le aseguró Max con una sonrisa—. ¡Eres demasiado fuerte, demasiado valiente!

—¡Oh, corta el rollo, Max! Después de lo que me has hecho esta noche, no volveré a salir en público si no es con el pelo teñido, y cambiándome el nombre... ¡Y aun eso no creo que funcionara!

Él la miró, sonriendo.

—Del cambio de nombre hablaremos dentro de unos minutos. Pero déjate el pelo como lo tienes. Me gusta así —se puso serio—. Ven a ver el resto del programa, Abby —le dijo en tono suave—. Si aún quieres que me vaya después de eso, lo haré.

—¡Claro que lo harás! —exclamó ella.

Pero sin saber por qué, ya no se sentía tan desesperada como antes.

Una parte de ella, la que estaba enamorada de Max, sabía, instintivamente, que Max iba a arreglar la situación.

¡Lo que era para reírse después de lo que había hecho!

No tenía ropa en el cuarto de baño. Se puso el albornoz y se lo cerró. Ya estaba decente.

Max estaba en el sofá cuando Abby llegó al salón. Evitó mirarlo y se sentó en un sillón. Monty, el traidor, estaba en el regazo de Max.

—He intentado explicarle la situación... ¡Pero supongo que no la comprende! —dijo Abby.

—¡Oh, creo que Monty comprende más de lo que te imaginas —le dijo él con voz sensual.

Abby le clavó los ojos azules.

—Es un macho. Y los machos suelen apoyarse, ¿no?

Max la miró. Luego suspiró.

—Veamos la cinta... —sugirió.

—¡Veamos mi aniquilamiento!

Max la miró como si quisiera objetar algo, pero se calló.

Los primeros diez minutos de su programa eran penosos, como

Abby los recordaba. Había pensado que había logrado mantenerse fría y controlada, pero en la cinta se la veía tensa y nerviosa.

Abby se puso de pie.

—Ya he visto suficiente —dijo.

—No, no es verdad. Por cierto, buen puñetazo... —la felicitó cuando se vio el golpe y su caída al suelo.

Era peor ver aquello así, como un televidente, que como uno de sus protagonistas. Y la súbita aparición de un anuncio de pañales no había hecho más que resaltar lo que había pasado.

Abby agitó la cabeza, disgustada.

—¿No podían encontrar algo más...? —se calló cuando desapareció el anuncio bruscamente, y las cámaras volvieron al estudio.

—¿Qué diablos...?

—Mira, Abby —la invitó Max.

Ella miró. Y escuchó. Como millones de personas, suponía.

Gary Holmes, que había dejado la sala de control, creyendo que ya no estaban en el aire, se acercó a Max, que aún estaba en el suelo, y se estaba levantando. ¡La conversación entre ellos fue muy reveladora!

—¿Satisfecho, Gary? —lo desafió Max, de pie, frotándose la dolorida barbilla.

—Totalmente. Cuando Abby me dijo que iba a traerte a su programa, sabía que iba a haber problemas.

—¿Es por eso que le has hecho la vida imposible en estos últimos meses? —le preguntó Max.

—Por supuesto. He intentado quitármela de en medio, pero ha sido más difícil de lo que pensaba. Ahora ya no importa, porque esta noche ella ha logrado humillaros a ambos. ¿Qué más puedo pedir?

—Que Kate Mayhew siga callándose, ¿tal vez?

—Bueno, eso sí, por supuesto —dijo Gary.

Max agitó la cabeza con desagrado.

—Debí dejar que Rory Mayhew te pegara dos tiros hace dos años —le dijo.

Abby miró a Max, sobresaltada, al oír esto último.

¿Qué diablos quería decir? Rory Mayhew había ido al programa de Max con la intención de arruinar al hombre que tenía una aventura con su esposa suicidándose en su programa. ¿Qué tenía que ver Gary con todo eso?

—Es posible... —respondió Gary, burlón.

—Eres un parásito chupasangre —le dijo Max—. Kate cometió el

error de tener una aventura contigo, y a pesar de sus ruegos, usaste aquella aventura contra ella, diciéndoselo a su marido cuando su carrera estaba completamente arruinada...

—¿Por qué no fundir ambos temas? —comentó Gary, como si le hiciera gracia.

Max agitó la cabeza.

—Rory fue estúpido. Y Kate también, por pensar que tú podrías tener algo de decencia dentro de ti... Ninguno de ellos se merecía lo que les hiciste.

—¿Y exactamente qué les hice?

—Chantajeaste a Kate presionándola para que te siguiera viendo, amenazándola con contarle a su marido lo de su relación contigo. Y luego, sin decírselo, extorsionaste a su marido con la amenaza de decirlo públicamente. ¿No te pagan bien como director? ¿Es eso, Gary? ¿O lo hiciste por otra razón?

Gary lo miró.

—¿Y qué razón podría ser?

—Que eres un hombre a quien le gusta tener poder sobre otros —dijo Max—. No te gusta sólo clavar el puñal. ¡Te gusta retorcerlo!

—De acuerdo, jugué con los Mayhew y el juego fue demasiado lejos, ¿y qué?

—No era un juego. Era la vida de la gente. A Rory Mayhew le costó la vida y a Kate Mayhew le costó su marido, ¡y a sus hijos, su padre! ¿No significa nada eso para ti, desgraciado? —lo increpó Max.

—No mucho. Además, no puedes probar nada de esto, Harding.

—¿No? Intenta mirar a las cámaras, Gary. ¿Ves esa luz verde? ¿Y el micrófono? Sí, he pensado que podían sorprenderte —dijo Max con satisfacción—. Ya ves, no tengo que probar nada, Gary. Lo has hecho tú mismo, muy efectivamente.

Gary se quedó blanco, casi verde de pálido.

—He esperado dos años para esto, Holmes. No he podido probarlo antes. Pero con tu confesión pública... —sonrió Max—. Estás acabado, Gary. Totalmente. De hecho, creo que en el futuro vas a tener problemas en conseguir un trabajo. ¡No van a contratarte ni como barrendero de estos estudios!

Gary lo atacó, echándole las manos al cuello.

—Fue arrestado minutos más tarde por asalto. Me alegro de poder poner cargos contra él. La policía va a investigar los acontecimientos de hace dos años, para ver si encuentran otros cargos contra Holmes, incluida la extorsión...

Abby estaba sentada, muda, totalmente turbada por lo que había sucedido en el estudio en su ausencia.

¡Y por el hecho de que hubiera sido Gary, no Max, quien había tenido la aventura con Kate Mayhew hacía dos años!

¿Y ahora? ¿Qué relación tenía Max con esa mujer?

—Me sentí responsable de los Mayhew, Abby —Max pareció adivinar sus pensamientos—. Todo se desató en mi programa, hasta la muerte de Rory, hace dos años.

—Rory no se puso borracho y llevó ese revólver a tu programa con la intención de hacerte daño con él, ¿verdad?

Max agitó la cabeza.

—Gary fue siempre su objetivo. Pero no podía hacer nada, no podíamos hacer nada, para probar lo que Gary había hecho durante esos meses, antes de la muerte de Rory. Sí, Rory cometió errores, y no debería haber venido a mi programa borracho y con el arma de su abuelo —Max agitó la cabeza—. Aquella vez Rory estaba totalmente desquiciado. Creyó que disparando a Gary se terminaría su tormento. Pero cuando se le pasó ese estado de enajenación y recuperó la sobriedad, se dio cuenta de lo que había hecho delante de millones de espectadores, y creo que pensó que no tenía otra salida que suicidarse. Después de aquello, lo único que podía hacer fue hacerme amigo de Kate y mantener a Gary Holmes alejado de ella, y de mí, por supuesto.

—Y dos años más tarde, aparezco yo, metiendo la nariz... Hurgando en el tema... Con Gary de director de mi programa.

—Y entonces apareces tú —repitió Max—. Hermosa. Impulsiva. Cálida. ¡Pero con un programa que tenía a Gary de director! Y a él no le hizo ninguna gracia que yo fuera un invitado de tu programa... —agregó Max.

Por eso no la había dejado en paz... Por eso había intentado estropear la relación entre ellos... ¡Hasta el punto de hacerle creer a Max que tenía una relación con ella!

—¡La rabia que tenías hacia mí esta noche, le venía estupendamente a Gary! —exclamó Max.

Ella lo miró, apenada.

—Él sabía que yo te iba a hacer otras preguntas...

Max se encogió de hombros.

—No era difícil adivinar lo que intentabas hacer. Claro que yo no sabía lo que iba a hacer Gary después de que tú me pegases y te marchases. Cuando bajó al estudio y empezó a hablar... —agitó la cabeza—. Si lo hubiera planeado, ¡no habría salido mejor! Aunque

Pat, bendita sea, debe haber pensado que estaba loco cuando indiqué que las cámaras siguieran rodando —suspiró—. ¡Creo que lo hizo porque todavía no se había recuperado del estado de *shock* después de haber visto a Abby Freeman tirar al suelo a Max Harding! ¿Dónde has aprendido a dar puñetazos así? —Max se rió y se frotó la mandíbula herida.

—De mi padre —respondió ella, aún afectada por lo que acababa de ver en la pantalla.

Gary había sido el responsable de empujar al suicidio a Rory Mayhew... ¿Qué clase de hombre era?

¡Y encima había dado a entender que era Max quien había tenido una relación con Kate Mayhew!

¡No era de extrañar que hubiese querido estropear la relación entre ellos! No le convenía que Abby tuviera una relación íntima con Max, porque podría enterarse de la verdad.

—Yo no he tenido nada que ver con ese... ¡hombre aborrecible! —le dijo Abby.

—Lo sé —respondió Max.

—Hay otras formas de relación. No sólo la física... —dijo ella, tensa.

—Pero tú no has tenido ninguna con él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Hace dos semanas, no lo estabas. De hecho, si no recuerdo mal, saliste corriendo de mi cama, ¡Querías escapar!

—No quería escapar, Abby. ¡Huí asustado! —le respondió él.

—Max, os vi a Kate y a ti juntos en la entrada a tu piso aquella mañana, antes de que te marcharas. Después de marcharme, fui a comprar café y bollos y volví a tu apartamento para que desayunásemos juntos... No te estaba espiando...

—No he pensado que estuvieras espiando. Pero si te refieres a la mañana que creo que es, Kate pasó a verme después de dejar a los niños en el colegio. Tenía buenas noticias que contarme... Personales. Abby, mi error de aquella primera mañana fue levantarme e irme. Pero la verdad es que estaba... ¡Yo no me había enamorado nunca! —agitó la cabeza—. No tengo, ni he tenido jamás una relación amorosa con Kate —le aseguró—. Te lo he dicho... Me sentía responsable de su familia. Al menos, así fue al principio. Luego empecé a conocer a Kate... y a sus niños. Es una persona encantadora. Abby...

—Creo que no puedo oír esas cosas en este momento, Max —lo interrumpió Abby—. Me alegro por ella, por ambos, de que Gary

Holmes haya sido descubierto. Como tú dices, no podrá recuperarse profesionalmente en toda su vida... Pero, la verdad es que en este momento no puedo oír lo maravillosa que es Kate. ¡Y cuánto te importa!

Su propia vida profesional y personal estaba acabada, y se sentía muy débil para oírlo hablar así de Kate.

—Te lo he dicho antes, no una sola vez, sino dos veces, y te lo repito ahora: Es a ti a quien amo —murmuró Max—. Abby, ¿por qué crees que finalmente acepté aparecer en tu programa?

—Para tratar de pillar a Gary...

—Te lo he dicho. Yo no tenía idea de que Gary fuera a acercarse a mí y a hablarme de ese modo. ¿Cómo lo iba a saber? Yo he ido a tu programa, Abby, porque he pensado que era una forma de decirte que te quiero. Porque mi primera aparición en público en dos años iba a ayudarte profesionalmente. Porque te considerarían una entrevistadora de primera.

—¿Y por eso me has amenazado esta noche? —la voz de Abby se quebró, emocionada—. ¿Porque estás enamorado de mí?

—¿No querías aplastarme públicamente? —le respondió Max.

—No podía hacerlo...

La peor humillación era saber que ella había querido humillar y herir a Max y ver al final que no podía hacerlo.

—No iba a hacerlo —repitió Abby firmemente—. Aunque había empezado a hacerte esa pregunta, sabía que no era ni el momento ni el lugar donde airear mi resentimiento. Pero como te sentiste amenazado por mí, tú no tuviste problema en aplastarme, ¿verdad, Max?

Max la miró unos segundos. Luego dio unos pasos y agarró el control remoto, y presionó un botón para seguir viendo la grabación.

Y como un imán, Abby miró la pantalla.

No había nadie en el estudio, excepto Max. A Gary evidentemente se lo había llevado la policía. Aparte de la herida en la barbilla, Max tenía buen aspecto, a pesar de la escena que había tenido lugar.

Y entonces Abby dejó de prestar atención a su aspecto y se puso a escuchar lo que estaba diciendo.

—... agradecer a Abby Freeman por permitirme usar su programa de esta forma para sacar a la luz los delitos de Gary Holmes —dijo Max en la pantalla de televisión—. Estoy seguro de que estaréis de acuerdo conmigo en que es una pena que, realmente, ella no me

haya seducido en la realidad para traerme al programa. ¡Yo habría sido muy afortunado en ese caso! —sonrió cuando el público aplaudió—. Pero soñar no cuesta nada, ¿no? —el público se rió.

Abby lo miró. Con unas pocas palabras Max había transformado su humillación en heroicidad. Como si ella hubiera estado implicada en la historia desde el principio... y él, en cambio, se había puesto un poco en ridículo.

—De verdad, señores televidentes, Abby asumió un gran riesgo esta noche, sabiendo que no teníamos la certeza de conseguir lo que queríamos. Y quiero agradecérselo personalmente. Estoy seguro de que Kate Mayhew, si estuviera aquí, querría hacer lo mismo. Lo que le sucedió a su marido hace dos años, fue una tragedia múltiple, como hemos demostrado esta noche, inducida por la naturaleza maligna de un hombre. Todos cometemos errores en nuestras vidas, pero esos errores no tienen por qué terminar en una tragedia como aquélla. Espero que esta noche sea el fin de las especulaciones acerca de Kate Mayhew y su familia. Estoy seguro de que ustedes estarán de acuerdo conmigo en desearle a Kate y a sus hijos lo mejor para su futuro.

Hubo un aplauso espontáneo.

—El *show de Abby Freeman* volverá con ustedes el próximo viernes a las siete y media, con Cameron Harper como invitado — concluyó, antes de oírse la cortina musical.

Abby se quedó helada. Max había dado la vuelta a la situación por completo.

—¿Y ahora qué ocurre?

—Gary ha sido apresado.

—¡Se lo merece!

—Y por lo que me ha dicho Pat, piensan renovarte el contrato.

—¿Sí?

Max asintió.

—Por lo demás, mañana saldrá en los periódicos esta noticia y que Kate va a comprometerse con Edward Southern, un hombre de negocios australiano.

Abby abrió los ojos, asombrada.

¡Kate se iba a casar! ¡Y no con Max!

—Es lo que Kate vino a decirme aquella mañana que nos viste — Max sonrió al verla tan pasmada—. Los niños y ella se irán a Australia después de la boda, que se celebrará el mes próximo.

—Pero pensé... Sé que me has dicho... ¿Y a ti cómo te sienta eso? —le preguntó a Max.

—Me siento aliviado. Después de lo que pasó en mi programa, me he sentido un poco responsable de ella y de los niños. Pero ahora todos podemos seguir adelante con nuestras vidas —se puso de pie y fue hacia ella—. A mí me gustaría mucho que tú estuvieras en la mía en el futuro, Abby. ¿Crees que es posible? —le preguntó sensualmente.

Ella tragó salvia. Max le había dicho tres veces aquella noche que la amaba. Después de ver y oír lo que acababa de ver en la televisión, ¿sería posible?

—No sé si sabes esto, Max, pero mi padre es vicario…

—No lo sabía. Pero debería haberlo imaginado —Max sonrió—. Aunque no me encaja mucho la imagen de un vicario con esos puñetazos…

—¡Espera a conocer a mi madre! —le advirtió Abby.

Estaba segura de que una madre actriz era lo que menos se imaginaba Max sabiendo que su padre era vicario.

—¿Voy a conocerla?

—Eso depende. Compréndelo… Su deseo es verme casada con el hombre que amo.

Max la miró, emocionado.

—Abby, ¿me estás pidiendo que me case contigo?

¿Estaba haciendo eso?, se preguntó Abby.

—Si es así, mi respuesta es «sí» —dijo Max, interrumpiendo sus pensamientos—. No lo he mencionado antes, pero al volver de mi cautiverio me han ofrecido un programa con temas de actualidad, que saldría al aire en otoño. Y como hombre casado, me gustaría estar más cerca de ti y de mi hogar. ¡Te quiero tanto, Abby! Quiero estar siempre contigo. Quiero tener niños contigo, ¡montones de niños!

Abby lo miró sin poder creerlo. Después de una noche supuestamente tan traumática, no podía creer lo que estaba sucediendo.

—De acuerdo. Me conformaré con dos —agregó Max al ver que ella no hablaba—. Con la condición de que si alguno es niña, tu padre le enseñe a dar puñetazos. Hay muchos desgraciados por el mundo, y me gustaría que nuestra niñita se pudiera defender de ellos.

—¡Max! —Abby explotó de la risa—. ¡Te quiero tanto! Yo también quiero estar contigo… Y podemos tener los niños que quieras…

Serían los niños de Max, con aquel pelo negro grueso… Y esos

ojos grises tan bonitos…, pensó ella.

Max la tomó en sus brazos.

—¡Quién sabe! A lo mejor ya hemos empezado aquella primera vez…

Ese pensamiento ya se le había pasado por la mente a ella también.

¿No sería maravilloso?, pensó.

—¡Te amo tanto, Abby! ¡Tanto!

Y no había mayor felicidad que amar a Max y saber que él la amaba.

Fin